

Xabier Pikaza Ibarrodo

Monoteísmo  
y  
globalización

Moisés, Jesús, Mahoma

*evd*

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Teléfono: 948 55 65 11  
Fax: 948 55 45 06  
Internet: <http://www.verbodivino.es>  
E-mail: [evd@verbodivino.es](mailto:evd@verbodivino.es)

Cubierta: *Jesús y Mahoma, cabalgando juntos hacia la Nueva Jerusalén; Jesús en un asno, Mahoma en un camello* (de un manuscrito árabe medieval, de la Royal Library, Edimburgo).

© Xabier Pikaza Ibarrondo. © Editorial Verbo Divino, 2002. *Printed in Spain* • Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra) • Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).

Depósito legal: NA 911-2002

ISBN: 84-8169-579-3

## Prólogo

Hemos heredado una larga historia de violencia sagrada. Pero también hemos recibido la herencia de muchos hombres y mujeres que han expandido con su vida la merced dialogal y pacificadora de un Dios, a Quien Biblia y Corán llaman Clemente y Misericordioso y los cristianos Trinidad redentora; en esa línea quiere avanzar este libro.

La *tarea pendiente* de la humanidad para este nuevo milenio es que todos los pueblos e individuos puedan convivir en dignidad y respeto sobre el Globo Tierra. Así lo habían prometido las religiones monoteístas, que proclamaron la llegada de un Reino de Dios para todos los humanos, y lo anunció después la revolución ilustrada del siglo XVIII, ofreciendo libertad, igualdad y fraternidad a los ciudadanos antes oprimidos. Pero la tarea sigue pendiente, y así queremos estudiarla y promoverla de nuevo, vinculando la globalización del sistema y la esperanza de los monoteísmos.

La globalización en cuanto tal había sido antaño un tema de teoría. Conocíamos por religión y pensamiento *la unidad del género humano*, pero sólo ahora se ha vuelto una tarea urgente y se extiende, de forma imparable, a todos los rincones del planeta, de manera que nos vemos y sentimos ya como pequeño mundo, aldea universal: somos una especie; el Globo Tierra es nuestra casa; la humanidad, nuestra familia, y saltan por el aire divisiones y murallas entre pueblos y culturas, religiones y razas. Es tiempo de alegría, *nuevo nacimiento*: somos dueños del futuro de la tierra y debemos cuidarla al servicio de todos los humanos. Pero, a la vez, es *tiempo de dolores*, que pueden ser de vida (parto) o de simple destrucción y muerte: el fuerte torbellino de unidad puede ponerse al ser-

vicio de un sistema de opresión y asesinato mundial, dirigido por el capitalismo, de tal forma que muchos quedan fuera de sus beneficios y mueren arrollados por su marcha de violencia. Dos caminos se nos muestran: nos abrimos a un futuro de comunicación universal en gratuidad o destruimos nuestra misma humanidad en un tipo de unificación global sin ternura ni piedad, que mata a pueblos, culturas y personas.

En este contexto hemos querido escuchar el mensaje de las religiones monoteístas, no para resolver de una manera fácil los problemas (pues no hay respuesta fácil), sino para plantearlos con mayor radicalidad, buscando un futuro de amor en comunión para los hombres. Ciertamente, el Dios de los monoteísmos históricos (judío, cristiano, musulmán) se ha vuelto a veces principio de violencia y fanatismo, promotor de un tipo de globalización excluyente y sectaria donde sólo cabe un tipo de «fieles». En general, podemos hablar de dos líneas distintas e incluso opuestas: *la globalización económico-social*, que se extiende indiferente y poderosa sobre el mundo, y *la comunión de las religiones monoteístas*, que ofrecen su unidad espiritual sobre la muerte, aunque emplean a veces métodos de muerte. En medio queda *la ilustración occidental*, sabia en el fondo, impotente y parcial en sus formas. Entre esos extremos (globalización, monoteísmo) y ese centro (ilustración) se mueve este libro de reflexión esperanzada.

1. *Globalización: tema y camino.* El desafío de la unidad mundial es antiguo, como habían visto profetas, pensadores y videntes, aunque sólo en los últimos decenios se ha materializado en una red de comunicación informática, económica y política que cruza y llena el Globo Tierra. Para entenderlo mejor y enriquecerlo desde las religiones empezaré destacando sus cinco momentos principales:

a) *Hay una globalización genética*, expresada en el *genoma humano* que nos precede y fundamenta. Algunos dirán que ese genoma proviene del acaso, otros de un dios benevolente o del poder vital del cosmos que ha «engendrado» al ser humano. Lo cierto es que, a través de mecanismos de evolución que estamos llegando a conocer con cierta precisión, ha sur-

gido y luego se ha expandido en todo el mundo (desde hace unos cien mil años) un genoma especial de *sapiens sapiens*, este humano sabio que somos nosotros. Pareció cesar para los hombres la evolución genético-biológica, que dominaba antes la vida; empezó el despliegue mental de nuestra especie. Por eso, el principio de toda globalización es el genoma humano; formamos una sola raza, compuesta de varones y mujeres capaces de cohabitar y engendrar.

b) *La globalización lingüística* supone la anterior y se concreta en la comunicación verbal. Había formas diversas y ricas de «lenguaje» en el cosmos (estrellas) y en los seres más pequeños (mundo subatómico) que parecían culminar en la relación sexual, alimenticia y laboral de los animales superiores. Pero sólo con el hombre sabio ha nacido el verdadero lenguaje, que puede dividirse y se divide en miles de idiomas concretos; todos ellos implican una misma posibilidad de comunicación, de tal forma que podemos hablar de un *a priori* o supuesto de lenguaje o palabra universal que nos engendra. Ésta es la segunda globalización, fundada en una misma estructura lingüística, que permite relacionarse a japoneses y chinos, ingleses, bantúes o aborígenes de Australia.

c) *Hay una globalización religiosa*, vinculada a las dos anteriores y de origen muy antiguo, que permite que todos los pueblos compartan una misma posibilidad de experiencia y comunicación sacral. Ella parece haber culminado, por lo menos hasta el momento actual, de maneras distintas pero convergentes, en las sabidurías y religiones que surgieron en un ancho espacio del planeta, de China hasta Israel, en *el tiempo eje*, en torno al 600 AEC<sup>1</sup>. No había ciencia estrictamente dicha, ni unidad política en el mundo; sin embargo algunos hombres perspicaces proclamaron la armonía divina o sagrada de la vida, creando *religiones universales* (= *globa-*

---

<sup>1</sup> Para ser más neutral en la terminología he sustituido *a. C.* (antes de Cristo) por AEC (antes de era común) y *d. C.* (después de Cristo) por EC (era común). Sobre *el tiempo eje*, cf. K. Jaspers, *Origen y meta de la historia*, Alianza, Madrid 1980.

les), que perviven en formas antiguas (hinduismo, tao, judaísmo) o derivados posteriores (budismo, cristianismo, islam). Entre ellas destacamos las *monoteístas* (judaísmo, cristianismo, islam), que unifican en Dios a todos los humanos.

d) *La globalización racional o filosófica*, inseparable de las anteriores, se expresa en las diversas culturas de la humanidad (China, India...), pero recibió un impulso decisivo en Grecia, hacia el 500 AEC, y se extendió después por occidente, desembocando en el Racionalismo e Ilustración de Europa, con Descartes y Locke, Kant y Hegel (siglos XVII al XIX EC). Ella descubrió y proclamó la unidad mundial del pensamiento, es decir, del logos o razón argumentadora. Hombres y pueblos siguen externamente separados, pero forman parte del único proceso y despliegue de la razón, que descubre y asume la tarea de unificar desde sí misma a todos los humanos, que tienen una misma dignidad y deben recorrer un mismo proceso de comunicación global. Hay diversos tipos de pensamiento, pero una única razón de fondo, que vincula a todos los humanos.

e) *La globalización «sistémica»* organiza de un modo científico las relaciones económicas y políticas de la humanidad. Los grandes imperios (de China a Roma) habían querido unificar el mundo conocido bajo una misma administración, pero no lo consiguieron. Eso lo ha logrado, en cambio, la ciencia y el capital, que, como Marx había puesto de relieve, ha introducido a todos los hombres y mujeres de la tierra bajo un mismo sistema capitalista, que actualmente llamamos neo-liberal. De esa forma se ha expandido y ha triunfado en el siglo XX esta razón económico-social unificada que parece dominar sobre la tierra. Ella es la que suele llamarse globalización sin más. En este contexto, dominado por la ciencia y un tipo de capital-mercado unido, hablamos de sistema<sup>2</sup>.

Estos momentos mantienen cierta independencia, pero pueden chocar entre sí, como muchos advierten y temen, opo-

---

<sup>2</sup> Estos momentos de la globalización forman el fondo y trama de este libro, como iré precisando en su desarrollo (cap. 3º, 1: etapas de la vida; cap. 4º, 2: momentos del monoteísmo; cap. 5º, 2: dos nacimientos; y conclusiones).

niendo la *unidad religiosa* de la misión monoteísta y la *unión sistémica* de origen occidental. Algunos añaden que el tercer milenio estará determinado por la lucha entre un *sistema global*, de inspiración cristiana secularizada y rasgos neo-liberales, y el *monoteísmo islámico*, que se siente amenazado y responde con fanatismo. El sistema sería liberal, las religiones peligrosas<sup>3</sup>.

2. *Tarea y riesgo doble: el monoteísmo ante la globalización.* Hay otras religiones que destacan la unidad de todo lo que existe, pero la interpretan de un modo cósmico (religiones de la naturaleza) o intimista (religiones de la interioridad). Las monoteístas, en cambio, están más vinculadas a la globalización del sistema social por su influjo en occidente y por su forma de entender la historia.

– *Las religiones monoteístas* conciben a Dios como poder fundante de toda realidad, que ofrece a los hombres un camino de encuentro que supera (sin negarlo) el nivel de la razón y de la ciencia. Así afirman que la unión fundamental entre los hombres no proviene del trabajo o capital, sino de la presencia activa de un Dios. Muchos rechazan hoy esa visión y mantienen que el monoteísmo antiguo o nuevo debería autodisolverse, pasando a ser reliquia de museo, pues sólo importa ya la globalización del sistema o las posibles revoluciones humanistas<sup>4</sup>.

– *La globalización del sistema* extiende un mismo régimen de capital, empresa y mercado, imponiendo su ley de efica-

---

<sup>3</sup> Cf. F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Madrid 1994, y S. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona 1997. El primero destaca el triunfo mundial del sistema; el segundo, la lucha entre occidente y el islam.

<sup>4</sup> Incluso el monoteísmo judeo-cristiano, que antaño realizó un servicio a la causa de la humanidad, habría cumplido su misión y terminado su ciclo. Menos necesario sería un monoteísmo anticuado o fanático, como el musulmán. Prescindiendo aquí de las religiones orientales (tao, hinduismo, budismo). Sobre ellas, cf. J. L. Sánchez Nogales, *Cristianismo e Hinduismo*, Desclée, Bilbao 2000; A. de Pieris, *Love meets Wisdom. A Christian Experience of Buddhism*, Orbis, Nueva York 1988; R. Panikkar, *El silencio de Buddha*, Siruela, Madrid 1996. El juicio anterior sobre la función ya cumplida y sin futuro del monoteísmo lo repiten desde hace más de un siglo pensadores como A. Comte, S. Freud y J. Habermas.

cia y progreso, que eleva a los privilegiados y excluye a los menos capaces o adaptados, que son mayoría. Ella tiene rasgos positivos, si bien corre el riesgo de expandirse y triunfar de un modo impositivo, volviéndose opresora o injusta para muchos, que la combaten ya, tanto en perspectiva islámica como occidental (revueltas de Génova y atentado contra el Centro Mundial del Comercio de las Torres Gemelas de Nueva York, en verano y otoño del 2001)<sup>5</sup>.

La *globalización* es un hecho que avanza y seguirá avanzando (a no ser que nos destruyamos todos, en un tipo de guerra sin retorno). En sí es neutral, e incluso buena; el problema está en el modo en que se expande y ejerce su dominio. *Algunos* la defienden sin más, diciendo que abre unas puertas de consumo y gozo para todos los que quieran transitarlas. Pero *otros* la acusan, diciendo que en su forma ac-

---

<sup>5</sup> Este libro estaba escrito antes del 11 de septiembre de 2001, cuando el atentado suicida y homicida contra el *World Trade Center* de Nueva York agudizó una conciencia de terror que ya existía. Antigua era la oposición entre ciertos tipos de monoteísmo (sobre todo islámico) y la globalización del sistema; nuevo es el modo como se vinculan las tecnologías globales con las disputas ideológicas y religiosas, de manera que los enemigos de la globalización tienden a emplear métodos globales para combatirla. Han pasado desde el 11 del septiembre del 2001 muchas cosas, se han escrito miles de trabajos sobre islam, cristianismo y globalización, pero el tema de fondo permanece y así he querido mantenerlo en este libro. Su primera versión, en formato menor y estilo esquemático (*Las religiones monoteístas: Judaísmo, Cristianismo, Islam*, SM, Madrid 1996), ha sido reelaborada y empleada en conferencias y cursos que he venido ofreciendo sobre el tema, desde Córdoba, Argentina (septiembre de 1998), a Santiago de Compostela (septiembre de 2001, en curso de la universidad Pontificia de Salamanca, que no pude impartir por la censura). Este libro, que conserva la huella de conversaciones y diálogos múltiples, lleva el riesgo de posibles repeticiones. Ha surgido básicamente en una pequeña Facultad de Teología de una ciudad de Castilla-León (Salamanca), por donde pasaron musulmanes y judíos, a quienes expulsaron los cristianos, y quiere conservar la huella dolorosa de aquel «triunfo» cristiano (más social que religioso, más político que evangélico) que desembocó en la exaltación del catolicismo, expresado en edificios religiosos, que visitan las masas de turistas, y en la teología que elaboraron los maestros del siglo XV al XVII, que hoy sólo conocen algunos eruditos. Sobre la *globalización* en sus diversas formas existe una bibliografía casi inabarcable, especialmente en *Internet*. En algún momento citaremos algunos de sus textos; pero queremos mantenernos en un plano de principios, reduciendo en lo posible el aparato bibliográfico. Cf. J. M. Mardones, *Posmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1988; Íd., *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual*, Sal Terrae, Santander 1999.



tual ella pone a los hombres al servicio de un sistema donde el triunfo y progreso del todo destruye a los grupos menores, negando el valor de las personas<sup>6</sup>. Los responsables del sistema dominante, criados y ministros de capital y mercado, la celebran como diosa. Pero muchos creyentes y amigos del hombre, vinculados al Dios de la vida y los pobres, protestan<sup>7</sup> y quieren distinguir la *globalización del capital*, que se expande por empresa y mercado, sometiendo a los humanos a las leyes de ganancia del sistema, y la *comunidad religiosa* de quienes se ponen al servicio de los pobres. En el primer caso importa el sistema; en el segundo, los sujetos (hombres)<sup>8</sup>. En este contexto he querido evocar el recuerdo, riesgo y tarea creadora, esperanzada, de las religiones monoteístas:

---

<sup>6</sup> Las tareas y riesgos de la *globalización* han despertado a millones de ciudadanos de la vieja tierra. Muchos dicen que ha llegado la suprema crisis de la historia y escuchan las pisadas de los *jinetes del Apocalipsis* (promesa de victoria, guerra, hambre y muerte), que están matando ya a una cuarta parte de los habitantes del planeta. Otros la saludan como triunfadora y diosa, pues les permite gozar y progresar sin fin sobre la tierra. La tarea de la religión no es defender el sistema (como quieren muchos neo-conservadores anglosajones), sino criticarlo y cambiarlo para bien de los hombres concretos y especialmente de los pobres. En esa línea quiero situarme. Por otra parte, la *globalización actual* resulta impensable sin las religiones, que han vinculado a los hombres en la dura tarea de la vida, ofreciéndoles un tipo de unión racional, económica y social.

<sup>7</sup> El tema de los jinetes del Apocalipsis (cf. Ap 6,1-6) ha sido recreado, lúcida y apasionadamente, en perspectiva de globalización, por S. George, *Informe Lugano*, Icaria, Barcelona 2001. Visión general, en clave económica y cristiana, en F. Hinkelammert, *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, DEI, San José de Costa Rica 1995; Íd., (ed.), *El desafío de la globalización*, DEI, Costa Rica 1999; J. M. Sung, *Teología y economía*, Nueva Utopía, Madrid 1996; Íd., *Deseo, mercado y religión*, Sal Terrae, Santander 1999; Varios, *El mito de la globalización neoliberal*, ACC, Madrid 1999.

<sup>8</sup> Las tradiciones monoteístas saben que *Dios y el capital se oponen* (cf. Mc 6,24), pero *no se excluyen* como alternativas, porque se sitúan sobre planos diferentes; *Dios* es principio y fin, en línea de amor; *el capital*, en cambio, es un medio de intercambio humano, que se puede objetivar (como si valiera por sí mismo, independiente de los hombres) y pervertir (poniéndose al servicio de algunos). La Biblia opone, por un lado, el capital llamado *mamona* (mercado global) y *Dios* (comunidad universal), de manera que no podemos *servirlos* a la vez. Pero, en otro sentido, los vincula, pues el mercado global sólo existe como efecto de la capacidad creadora que Dios ha dado a los hombres. De esos principios se ocupa este libro, formulando a partir de ellos *la misión monoteísta*, entendida desde el cristianismo, en diálogo con judaísmo e islam.

a) *Recuerdo. Propuesta de paz.* Ellas conservan la memoria de un camino de liberación y así denuncian los riesgos del sistema y anuncian la llegada de la paz universal. En ese contexto evocaré las tradiciones de Moisés, Jesús y Muhammad<sup>9</sup>, descubriendo en ellas una propuesta de esperanza y vida, en línea de comunicación universal.

b) *Riesgo. Violencia religiosa.* Las religiones deberían invertir los fallos de la globalización, poniéndola al servicio de la comunicación positiva, no por fuerza (pues la fuerza la tiene el capital), sino por amor gratuito y generoso<sup>10</sup>. Pero ellas han corrido el riesgo de volverse sistema opresor, expandiéndose por guerras y violencias. Tanto el primer Israel (libro de los Jueces) y el islam de Muhammad (conquista de La Meca) como cierto cristianismo que luchó en las cruzadas, combatió en guerras de religión (siglo XVI-XVII) y justificó la colonización de medio mundo. El fanatismo de la religión perdura, el riesgo de la «guerra santa» continúa: muchos tienen miedo.

c) *Tarea. Conversión del sistema, reforma de las religiones.* La globalización socio-económica del mundo actual debe convertirse y cambiar de dirección para abrir un diálogo de iguales, al servicio de los hombres, y no hacerse sistema ni diosa. Las religiones deben reformarse para ser lo que son: experiencias del valor infinito de la vida personal, por enci-

---

<sup>9</sup> Los musulmanes prefieren que digamos Muhammad y no Mahoma, como es costumbre en castellano. Por deferencia a ellos y por destacar la identidad de su persona y obra, mantendré a lo largo de este libro esa grafía. Lo mismo haré con *Allab*, Dios, en lugar de Alá, que es lo normal. Transcribo el nombre del Dios israelita en la forma usual: Yahvé. En el resto de los casos simplifico la escritura de términos de otras lenguas (hebreo, griego o árabe), sin afares de pureza filológica.

<sup>10</sup> *El sistema globalizador* de tipo neo-liberal quiere perfeccionarse a sí mismo, pues los hombres resultan secundarios; quiere producir para comerciar en un mercado de necesidades, donde todo se compra y vende, hasta las almas de los hombres (cf. Ap 18,13). En contra de eso, la *misión comunicativa del monoteísmo* tiene como meta el bien de las personas como tales. Vienen estudiando el tema los cuadernos de *Cristianismo y Justicia* (= CJ). Entre ellos, cf. J. Sols, *Teología de la marginación*, CJ 1992; H. Assmann, *Las falacias religiosas del mercado*, CJ 1997; A. Comín, *La igualdad, una meta pendiente*, CJ 1998; J. F. Mària i Serrano, *La Globalización*, CJ 2000; A. Comín (y otros), *Globalización, experiencia de Dios, comercio justo*, CJ 2001; J. A. Zamora, *La cultura como industria de consumo. Su crítica en la Escuela de Frankfurt*, CJ 2001.

ma del mercado. Ellas son proyectos concretos y gozosos de creatividad y comunión, que se expresa en el vivir y convivir, en comunicación gratuita; esto significa que deben superar su fanatismo y recrear sus raíces, aprendiendo a dialogar, no sólo el islam, sino también el cristianismo y judaísmo.

Esos tres momentos (recuerdo, riesgo y tarea) definen la trama de este libro, escrito desde el impacto de la globalización, bajo la amenaza y gozo de las religiones monoteístas. El problema no consiste en la posible disputa entre *globalización liberal*, de origen pretendidamente cristiano, y *monoteísmo intransigente del islam*, al parecer violento. Ni la globalización liberal es buena en sí (aunque tiene rasgos positivos), ni el islam fanático (aunque puedan serlo algunas de sus formas). El problema, la esperanza y tarea del hombre está en el diálogo: que la globalización se ponga al servicio de todos los humanos y que las religiones se fecunden entre sí y nos enseñen a descubrir al Infinito, para dialogar, vivir y amar por encima del puro sistema. De esa tarea gozosa ha querido tratar este libro<sup>11</sup>.

3. *Un libro: presencia y tarea de las religiones monoteístas.* No he pretendido escribir un tratado sobre la globalización, sino un ensayo sobre los tres monoteísmos en perspectiva de recuerdo judío, secularidad cristiana y militancia musulmana, en un tiempo amenazado por un rebrote de fanatismo religioso y por una secularización que podría abandonarnos a la pura violencia del sistema<sup>12</sup>. Habíamos vivido separados

---

<sup>11</sup> La nueva misión de las religiones no es restauración de algo que había antes de la Ilustración del siglo XVIII-XIX, ni olvido de las dictaduras y guerras del XX, sino búsqueda de futuro con la ayuda de unos profetas antiguos (Moisés, Jesús, Muhammad), cuya memoria queremos recuperar, superando el anquilosamiento de iglesias y comunidades establecidas. Ella está al servicio de la humanidad, en clave de *encarnación*: la vida de Dios se expresa y realiza en la carne de la historia humana.

<sup>12</sup> La *secularización cristiana* es evidente: las viejas iglesias de Europa (desde San Pedro en el Vaticano hasta la catedral de Salamanca) se han hecho museos, sin retorno posible a tiempos anteriores de sacralidad dominante; a su lado parece extenderse el fanatismo de algunos grupos (que nosotros solemos vincular al islam) y la intransigencia del sistema, que excluye a los más pobres. El *recuerdo*

durante milenios, en tribus o aldeas, naciones o estados. Habíamos logrado ciertas coherencias parciales, en largas transformaciones culturales, sacralizadas por dioses e iglesias. Pero aquellas respuestas no bastan, y corremos el riesgo de matarnos todos por la globalización del hambre y la dictadura despiadada del sistema, a no ser que encontremos formas de comunión más alta, con la ayuda de las religiones, que han de ser experiencias de libertad y comunión universal<sup>13</sup>.

Hemos edificado un tipo de casa humana. Sin embargo, lo construido puede romperse ante el embate de una globalización deshumanizada. En ese contexto nos pueden ayudar las religiones. Hemos crecido en técnica y mercado (producción y comunicaciones), pero no conseguimos trazar un proyecto de vida que se abra generosamente a todos, un espíritu concorde, un código real de comunión que nos permita dialogar como personas y alcanzar la paz *universal*. No tenemos soluciones, sino sólo caminos iniciados, inspiraciones de profetas, utopías sociales. En ese fondo he querido destacar la aportación de las *grandes religiones monoteístas*, entendidas como intentos de comunión, escribiendo este ensayo interdisciplinar de *fenomenología y teología de las religiones*, que consta de cinco capítulos:

---

*judío* mantiene la memoria de los sufrimientos de sus mártires, pero corre el riesgo de aliarse con la violencia nacional del sionismo, convirtiéndose en foco de discordia, desde Jerusalén, para todo el mundo. La *militancia musulmana* es positiva en cuanto implica esfuerzo al servicio de la verdad (la sumisión a Dios) y la concordia universal; pero puede convertirse en guerra fanática en contra de sus presuntos enemigos.

<sup>13</sup> Ésta es la tarea pendiente: o aprendemos a convivir en libertad o acabamos destruyéndonos todos. Nos hemos unido como especie capaz de dialogar, pero no hemos dialogado de hecho, en un nivel de palabra compartida y pan fraterno, en libertad y comunión, entre todos los humanos. Somos herederos de un rico pasado. Parece milagro que hayamos sobrevivido y existamos, más de seis mil millones de personas, sobre un enigmático globo perdido en el tornado de los tiempos y espacios estelares. Hemos superado riesgos y violencias: somos una *especie* peculiar, responsable de sí misma sobre el mundo, auto-creadora; nadie nos ha dicho ni nos dice desde fuera quiénes somos y lo que debemos hacer para volvernos humanos, sino que debemos encontrarlo por nosotros mismos, trazando nuestro *código de humanidad*, en puro sistema (haciéndonos esclavos de la globalidad que nosotros mismos fabricamos) o en comunión de vida (en diálogo de gratuidad).

1. *Los profetas del monoteísmo: Moisés, Jesús, Muhammad.* Las religiones monoteístas afirman que el Dios creador (que funda y dirige naturaleza e historia) se ha revelado a través de profetas, portadores y testigos de su Palabra universal, que se expresa a través de la Ley de un pueblo elegido (Moisés), de una experiencia de encarnación (Jesús) o de un sometimiento liberador (Muhammad).

2. *Confesiones de fe. Códigos de encuentro y comunicación.* Las religiones afirman que Dios se ha revelado y que sus fieles le responden, confesando la fe y descubriéndose unidos por ella, en camino de misterio, es decir, de apertura a la trascendencia, que se expande y expresa en forma de comunicación y comunión interhumana. En este contexto debemos evocar la paradoja de la unidad de Dios y de la diversidad de creencias religiosas.

3. *Dios de razón, Dios de religiones.* Parecemos amenazados por la dictadura del sistema económico-administrativo y la lucha de religiones. En este contexto he querido destacar la importancia de la comunicación, en línea de unidad racional y religiosa, desde la perspectiva de las religiones monoteístas que, a diferencia de las místicas de oriente, traducen la existencia de Dios en un camino de comunicación universal.

4. *Religión y sociedad global. Instituciones monoteístas.* Las religiones se expresan en cuerpos o comunidades de creyentes. De esa forma vinculan presencia de Dios y relación humana, trazando espacios de convivencia, que desbordan la racionalidad ilustrada del sistema económico-administrativo neo-liberal, no para condenarlo, sino para explorar unos caminos más libres y gozosos de comunicación en gratuidad, al servicio de la vida<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Defendemos un *pluralismo religioso*, que no es indiferencia o relativismo, sino experiencia de comunión. Las religiones monoteístas son lugares de encuentro, aunque pueden convertirse en fuente de discordia, y tienen una clara vocación de universalidad y bendición para los pueblos, reflejada en Abrahán, patriarca común (cf. Gén 12,1-3).

5. *Misión monoteísta. El futuro del mundo de la vida.* No somos agoreros que anuncian la muerte de las religiones, ni propagandistas de su rápida victoria. Pero estamos seguros de que ellas, si vuelven a las raíces de su experiencia de Dios, en conversión y reforma profunda, pueden ofrecer y ofrecerán motivos de esperanza y comunión universal a los humanos. En ese contexto evocamos de un modo más preciso la misión cristiana, presentando su código de comunión de amor sobre las leyes de un sistema neo-liberal que amenaza con destruirnos<sup>15</sup>.

Tales son los capítulos y temas de este libro, que recoge varios cursos de docencia de Fenomenología de la Religión, en las facultades de Teología y Periodismo de la Universidad Pontificia de Salamanca, a cuyos alumnos quiero dedicarlo. Es trabajo de búsqueda y discusión cultural y creyente, más que de erudición escolar. Por eso ha renunciado a presentar en cada caso un panorama bibliográfico más amplio sobre los diversos temas, aunque evoca, al comienzo de cada capítulo, algunas obras más significativas. Pienso que los portadores del monoteísmo son adelantados o misioneros de una *catolicidad humana* y así quiero presentarlos, con la certeza de que suena una gran hora, un tiempo hermoso de religiones, pues ellas ofrecen a los hombres y mujeres de la tierra motivos para amarse y esperar, para engendrar hijos y buscar con ellos la comunión universal, sobre las leyes del sistema.

Vera-Cruz de Salamanca, verano-otoño del 2001

---

<sup>15</sup> El tema de la comunicación y del futuro ha sido asumido en los últimos años desde diversas perspectivas, especialmente con relación a la *Escuela de Francfort*, como ha mostrado J. J. Sánchez, «Introducción» a M. Horkheimer, *Anhelo de justicia. Teoría crítica y religión*, Trotta, Madrid 2000. Cf. J. Habermas, *Fragmentos filosófico-teológicos*, Trotta, Madrid 1999; J. B. Metz, *Por una cultura de la memoria*, Anthropos, Barcelona 1999; J. M<sup>a</sup> Mardones, *Posmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1998; Íd., *El discurso religioso de la modernidad. Habermas y la religión*, Anthropos, Barcelona 1998.

# 1

## Los profetas del monoteísmo Moisés, Jesús, Muhammad<sup>1</sup>

Las religiones monoteístas han nacido por influjo de profetas que criticaron y superaron en nombre de Dios un orden social anterior, de tipo injusto o tiránico, abriendo para sus seguidores un camino de experiencia de Dios y comunicación en libertad.

---

<sup>1</sup> Cf. K. Armstrong, *Una historia de Dios. 4000 años de búsqueda en el judaísmo, el cristianismo y el islam*, Paidós, Barcelona 2001; R. Arnáldez, *Mahomet*, Desclée, París 1975; M. Borg, *Jesus in Contemporary Scholarship*, Trinity, Valley Forge, PENN 1994; G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret*, Sígueme, Salamanca 1975; M. Buber, *La fede dei profeti*, Marietti, Casale Monferrato 1983, 125-153; Íd., *Moisés*, Lumen, Buenos Aires 1994; H. Cazelles, *En búsqueda de Moisés*, Verbo Divino, Estella 1981; A. Choraqui, *Moisés*, Herder, Barcelona 1997; J. D. Crossan, *Jesús. Vida de un campesino judío*, Crítica, Barcelona 1994; O. Cullmann, *Cristología del NT*, Sígueme, Salamanca 1997; J. Delumeau, (ed.), *El hecho religioso. Enciclopedia de las grandes religiones*, Alianza, Madrid 1995; J. D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu Santo*, Sec. Trinitario, Salamanca 1975; E. Eichrodt, *Teología del AT I*, Cristiandad, Madrid 1975, 307-356; M. Eliade, *Historia de las creencias e ideas religiosas I-III*, Cristiandad 1978s; IV, Herder, Barcelona 1996; A. J. Heschel, *Los profetas I-III*, Paidós, Buenos Aires 1973; J. Klausner, *Jesús de Nazaret* (1906), Paidós, Buenos Aires 1971; G. Konzelmann, *Maometto*, Bompiani, Milán 1991; J. Kuschel, *Discordia en la casa de Abrahán. Lo que separa y lo que une a judíos, cristianos y musulmanes*, EVD, Estella 1996; M. Lings, *Muhammad. Su vida, basada en las fuentes más antiguas*, Hierión, Madrid 1989; J. P. Meier, *Jesús, un judío marginal I-III*, EVD, Estella 1998s; A. Neher, *Moisés y la vocación judía*, Aguilar, Madrid 1962; W. E. Phipps, *¿Con Jesús o con Mahoma?*, Acento, Madrid 2001; X. Pikaza, *El Fenómeno Religioso*, Trotta, Madrid 1999, 234-241; Íd., *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella 1996, 121-186; M. Rodinson, *Mahoma y el nacimiento del mundo islámico*, Era, México 1974; E. P. Sanders, *Jesus and Judaism*, SCM, Londres 1985; J. L. Sircé, *Profetismo en Israel*, EVD, Estella 2001, 67-136; N. T. Wright, *The NT and the Victory of the People of God*, SPCK, Londres 1992; Íd., *Jesus and the victory of God I*, SPCK, Londres 1996; R. C. Zaehner, *Inde, Israël, Islam*, DDB, Brujas 1965.

## 1. Introducción. Mediadores y profetas

Hay *religiones cósmicas* (que sacralizan la naturaleza) y *meta-cósmicas*, que destacan el valor del ser humano, en línea *profética* (monoteísmo occidental) o *mística* (interioridad oriental). Cerca de las últimas están las religiones sapienciales. Todas cuentan con mediadores sagrados:

– *Magos y sacerdotes: mediadores de sacralidad cósmica.* Dios puede concebirse como Poder que algunos mediadores más diestros (magos) son capaces de manejar al servicio de sí mismos y que otros (sacerdotes) aplacan a través de sacrificios. La magia parece moverse en una línea de manipulación de Dios (o de la realidad) de tal forma que a veces se ha tomado como precursora de la ciencia. La acción sacerdotal se movería más bien en perspectiva de oblación estrictamente religiosa, de agradecimiento a Dios y diálogo con su misterio. A pesar de esas distinciones, magos y sacerdotes, presentan un rasgo común: tienden a ver a Dios como Poder del cosmos, que debemos utilizar (magia) o aplacar (sacrificio). Por eso los vinculamos<sup>2</sup>.

– *Místicos: religiones de interioridad gnóstica.* Son expertos en *conocimiento interior*, en línea de apertura sacral (alma profunda), y así pueden enseñar a los demás a superar el mundo y ascender en gesto de concentración recreadora hacia las fuentes de la propia realidad (Espíritu divino). Ellos definen el sentido y tarea de las grandes religiones de oriente (hinduismo, budismo e incluso taoísmo chino). En principio, rechazan o evitan la magia y prescinden también de sacrificios: no necesitan mediadores o sacerdotes, pues suponen que el encuentro del hombre y lo divino sólo tiene sentido y se realiza a través de un ejercicio de concentración mental propio de cada iluminado. En realidad, el místico no

---

<sup>2</sup> En esa línea parecen situarse actualmente *ecologistas* y amigos de la naturaleza, que ayudan a valorar y potenciar la sacralidad del mundo, en un tiempo que parece amenazado por el riesgo de manipulación utilitaria de los recursos naturales, al servicio del sistema y desarrollo opresor de neoliberalismo.



debe hacer nada, no quiere manejar a Dios ni aplacarle, sino alcanzar la purificación interior, descubriendo la presencia divina en la hondura de la mente, más allá de todas las imágenes del cosmos, de todos los deseos. Por eso, no intenta ser algo distinto, sino sólo lo que es. Ni siquiera debe promover un movimiento religioso, sino ofrecer a los demás el testimonio de su descubrimiento interior del misterio. El místico es *mediador* en la medida en que desaparece, para que emerja la verdad. Por eso, no enseña nada y se limita a dejar que cada uno aprenda por sí mismo (*Tao* 2b; 19a); si un *Budda* pretendiera imponerse por fuerza habría que «matarlo» (abandonarlo)<sup>3</sup>.

– *Sabios: religiones de interioridad sapiencial*. Se encuadran en la perspectiva anterior (de tipo místico) e influyen sobre todo en las grandes culturas (China, Grecia), con sus cosmovisiones de carácter ético, pero de fondo *religioso*. Los sabios descubren y expresan la sacralidad de la naturaleza, no en plano de magia (dominio de poderes sacrales) o sacrificios (expiación religiosa), sino de razonamiento y estudio programado de la realidad. Por método y vida, ellos se encuentran cerca de los místicos de la India; pero más que el puro misterio interior (alma divina) buscan y promueven el sentido sagrado de la totalidad cósmica. Su religión ha tendido a convertirse en filosofía, y su filosofía se ha vuelto religión, como muestra no sólo el helenismo, sino el nacimiento de sistemas místicos judíos, cristianos y musulmanes<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Las religiones proféticas acentúan la función de los mediadores, pero se han relacionado con las místicas de su entorno (en Alejandría o Siria, en Grecia o Persia). El futuro de la humanidad depende del diálogo entre mística y profecía.

<sup>4</sup> En esa línea se sitúan algunas formas de Ilustración y Racionalismo religioso (o seudo-religioso) del occidente moderno, desde el siglo XVIII EC, lo mismo que algunos esquemas del deísmo y espiritualismo más o menos vinculados a la *Nueva Era* (*New Age*). En contra del puro racionalismo, que puede acabar siendo dictatorial y del intelectualismo teórico de algunos místicos, los *sabios* han sido y siguen siendo hombres y mujeres de experiencia, abiertos en general a los valores religiosos. Actualmente sería bueno un correctivo sapiencial, que nos permitiera superar el materialismo económico. Pero la sabiduría sin más parece insuficiente. Los hombres mueren y necesitan ser felices.

– *Profetas: monoteísmo histórico.* Ciertamente, hubo en Israel sacerdotes, pero desaparecieron con el templo (tras el 70 EC), y como fundadores y representantes de su religión quedaron sólo los profetas (condensados en Moisés) a quienes siguen sabios y rabinos. *Jesús* no fue sacerdote ni místico, en sentido estricto, sino profeta escatológico (del final de los tiempos)<sup>5</sup>. Por su parte, el *islam* nunca ha tenido sacerdotes, sino organizadores sociales, en la línea de Muhammad profeta. Por eso, las religiones monoteístas son proféticas y no sacerdotales o místicas (o sólo sapienciales). Ellas han surgido gracias a la experiencia y palabra creadora de unos hombres que escucharon la voluntad de Dios y la testimoniaron y expandieron en su entorno. Siendo oyentes de la Palabra de Dios, los profetas han sido *creadores de comunidad*. No buscaron el fondo sagrado del cosmos, ni han querido superarlo en línea mística, sino que, animados por la voz de Dios, han denunciado la injusticia de la sociedad y anunciado la reconciliación de los hombres en el mundo.

Los profetas han recibido en cada religión rasgos distintos, personificados en la figura fundadora (Moisés, Jesús, Muhammad). Pero tienen algo común. 1. *Escuchan la Palabra de Dios.* No son chamanes estáticos, ni contemplativos místicos, ni sacrificadores (sacerdotes), sino hombres de acción, inmersos en las tareas y trabajos de la sociedad y así, desde el centro de ella, escuchan y discernen la voluntad de Dios. 2. *Son comprometidos sociales:* quieren que la voluntad de Dios se cumpla; por eso denuncian, como vigías de la historia, los males de la sociedad y anuncian el juicio de Dios, para que los hombres respondan en conversión y fidelidad<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> El *cristianismo* no ha tenido ni tiene sacerdotes. Sólo por ampliación y adaptación alegórica, la Carta a los Hebreos ha llamado a Jesús Sacerdote de la Nueva Alianza, rechazando así a los de la Antigua.

<sup>6</sup> Sobre la vocación y misión de los profetas de Israel, además de trabajos citados en nota 1, cf. E. Beaucamp, *Los profetas de Israel*, EVD, Estella 1988, 71-88; S. Breton, *Vocación y misión: formulario profético*, An. Bib. 111, Roma 1987; G. Del Olmo, *La vocación de líder en el Antiguo Testamento*, Univ. Pontificia, Salamanca 1973.

Históricamente, los creadores del monoteísmo abrahámico actuaron en los siglos VIII al V AEC, pero los israelitas proyectaron su acción y figura hacia tiempos anteriores, y de esa forma presentaron a Samuel y Abrahán, Noé y Adán, como profetas (hombres de Dios). Modelo de todos fue Moisés, conforme a la historia y *legislación fundacional del Deuteronomio* (Dt 18,9-22), que le enfrenta a los «adivinos, hechiceros y magos» que parecen haber dominado la religión cananea: «No imites las abominaciones de esos pueblos... que escuchan a astrólogos y magos, pero a ti no te lo permite Yahvé, tu Dios, que te suscitará un profeta como yo, de entre los tuyos, tus hermanos. A él escucharás» (Dt 18,9-15)<sup>7</sup>. Este *profeta como yo* (= como Moisés) define la historia de las tres religiones herederas de la fe monoteísta de Abrahán. Cada una le ha entendido de un modo diverso; las tres le han situado (y siguen situando) en oposición a hechiceros y magos, que intentaban manipular a Dios, no escuchar su voz, ni cumplir su palabra<sup>8</sup>.

– *Los judíos* han permanecido vinculados a Moisés, a quien conciben como depositario principal (definitivo) de la revelación de Dios. Ciertamente, afirman con Dt 18,15 que tendrá sucesores (como Samuel o Elías, Isaías o Ezequiel, Amós o Jeremías...), pero ellos se limitarán a confirmar y avalar lo que Dios había dicho ya a Moisés, como supone Éx 2-4 (vocación profética y revelación del Nombre: Yahvé) y ratifica la Misná: «Moisés recibió la Torah (Ley) desde el Sinaí

---

<sup>7</sup> Conforme a este pasaje (Dt 18,9-15), que he comentado en *Fenómeno Religioso*, 408-416, adivinos y hechiceros sacrificaban a sus hijos, vinculándose al destino de los astros, evocando espíritus extraños y pidiendo ayuda o respuesta a los difuntos sagrados, para esclavizar a los humanos. Ellos representaban la *religión mágica*, condenada por los profetas monoteístas, aunque siempre dispuesta a retornar e invadir el mercado espiritual del entorno. La *religión profética* del Deuteronomio admite el poder sacerdotal, pero condena a magos y hechiceros cananeos.

<sup>8</sup> Los profetas de la religión monoteísta (Moisés, Jesús, Muhammad) no sacralizan lo que existe, ni aplacan a Dios por los pecados, sino que hablan en nombre de Dios para cambiar a los humanos. El credo cristiano, compartido por judíos y musulmanes, dice que *el Espíritu de Dios habló por los profetas*. K. J. Kuschel, *Discordia en la casa de Abrahán*, presentó la figura de Abrahán como encuentro y desencuentro de los monoteísmos; yo he destacado a Moisés con Jesús y Muhammad.

y la transmitió a Josué, Josué a los ancianos, los ancianos a los profetas, los profetas a los hombres del Gran Sanedrín...» (Abot 1,1). Hubo en Israel muchos ancianos, profetas y escribas, recordados con cariño, pero, según la tradición de la Misná, todos se centran en Moisés, pues Dios le reveló en el Sinaí sus secretos salvadores (su Ley), transmitidos por la Escritura (Éx, Lev, Dt) o conservados por la tradición de los doctores. Él es el profeta, y su palabra ha sido y será siempre valiosa; de manera que sólo es judío quien acepta su testimonio. Según eso, no existe un verdadero avance profético, sino fidelidad a lo que ha sido revelado por Moisés.

– *Los cristianos* han interpretado Dt 18,15 como anuncio de Jesús, y así lo confirma de manera solemne el sermón fundacional de Pedro en el Pórtico del Templo: «Moisés dijo *el Señor Dios suscitará en medio de vosotros un profeta como yo...* Y todos los profetas, desde Samuel en adelante, anunciaron lo que está sucediendo en estos días» (Hech 3,22-24). Ese profeta «como yo» es Jesús, conforme atestigua la Iglesia al recibirle en cumplimiento de la profecía. Siguen siendo importantes los antiguos, como Moisés, si bien su palabra ha sido asumida, culminada y de algún modo abrogada por Jesús, que se presentó y actuó cual *profeta final y verdadero*, ofreciendo a los hombres el *Evangelio* o *Testamento definitivo de Dios*. Así lo han confirmado de manera crítica muchos investigadores recientes, cuando afirman que él se pensó profeta escatológico (y mesiánico) del Reino de Dios, portador del Espíritu Santo, para realizar lo anunciado por Moisés. Jesús murió por cumplir su mensaje; sus seguidores confiesan que fue avalado (resucitado) por Dios y entronizado como Señor y Cristo que vincula en comunión a todos los humanos (cf. Hech 2,36).

– *El islam* llega hasta el final en esa línea, pues Muhammad vino a presentarse como sucesor, intérprete y cierre de todos los profetas anteriores. «Decid: Creemos en Dios y en lo que se nos ha revelado, en lo que se reveló a Abrahán, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus; en lo que Moisés, Jesús y los profetas recibieron de su Señor. *No distinguimos a ninguno de*

ellos y nos sometemos a Dios» (Corán 2, 136; cf. 3, 84; 6, 84-86). De esa forma ha nivelado a todos los profetas como representantes y testigos de una misma actitud de sumisión (islam), suponiendo que todos (Moisés, Jesús...) han dicho lo mismo, aunque a veces su doctrina ha podido ser desfigurada por sus seguidores (judíos o cristianos). Partiendo de ese supuesto, Muhammad no necesita estudiar en detalle la doctrina de sus predecesores, porque sabe de antemano que no han dicho o podido decir nada distinto de lo que dice el Corán<sup>9</sup>. No obstante, añade que siendo verdadera, la doctrina de los profetas anteriores quedó inactiva, pues no se entendió bien o fue manipulada. Por eso fue preciso que él viniera como *culmen y cierre (sello) de la profecía*, para ofrecer plenitud y claridad a los mensajes anteriores (33, 40)<sup>10</sup>.

## 2. Moisés, profeta y legislador judío

La tradición le presenta como fundador de Israel, hombre del Éxodo, Alianza y Ley, condensando en su persona las fun-

---

<sup>9</sup> Para cristianos y judíos era importante la historia, pues en ella iba diciendo Dios su palabra y por ella avanzaba la experiencia de los creyentes, de Abrahán a Moisés o de Jesús a Pablo. Muhammad, en cambio, ha presupuesto que Dios dice siempre lo mismo; por eso, no tiene sentido (ni utilidad) distinguir mensaje antiguo y cambios posteriores. Dios sólo tiene un mensaje, aunque sólo Muhammad lo ha escuchado y fijado del todo en su Corán. Ciertamente, él maduró su visión a lo largo de su ministerio (La Meca, Medina...), pero mantuvo lo esencial: los profetas antiguos habían proclamado un mismo mensaje.

<sup>10</sup> Muhammad dice haber proclamado de forma definitiva y clara la verdad eterna, apareciendo como el último enviado y mensajero de Dios. Asumió de esa manera lo que habían dicho Moisés y Jesús y se definió no sólo como el Profeta prometido por Moisés en Dt 18,15, sino como Paráclito anunciado por Jesús en Jn 14-16 (cf. Corán 7, 157; 61, 6). Los textos *judíos* atribuían al profeta final la función de preparar al pueblo de Israel y al mundo entero para la revelación de Dios. Los *cristianos* afirman que ese profeta ha venido y es Jesús, como señalamos en «Introducción» a O. Cullmann, *Cristología del NT*, Sígueme, Salamanca 1999. Pero sólo Muhammad ha desarrollado de forma expresa y extensa este motivo, apareciendo como profeta, legislador y creador del pueblo de Dios. Sobre Jesús como profeta, cf. también J. D. G. Dunn, *Christology in the Making*, SCM, Londres 1980; Ch. Duquoc, *Cristología I-II*, Sígueme, Salamanca 1972; J. L. Espinel, *Profetismo cristiano*, San Esteban, Salamanca 1989.

ciones sacrales y sociales para la fundación de su pueblo. Es *vidente*: ha descubierto a Dios en la montaña (Sinaí) y ha escuchado su nombre. Es *caudillo*, organiza la marcha de los liberados, iniciando así la historia de la nueva humanidad. Es *legislador*, establece la norma de su pueblo, concretada en leyes por siempre valiosas. Es *sacerdote*, iniciador de sacerdotes: funda para siempre el culto sacro. Es *hagiógrafo*, escritor del Pentateuco. Pues bien, esos títulos (vidente, caudillo, legislador, sacerdote y hagiógrafo) se condensan en uno: *es el profeta*. Más que el *Moisés de la historia* (que ha de estudiarse en otra perspectiva), nos importa aquí *el de la fe*, recreado por la tradición israelita (Éx 2-4) y después por la cristiana y musulmana<sup>11</sup>.

#### *a) Infancia y huida, un hebreo liberado*<sup>12</sup>

Fue un hombre de frontera entre dos mundos: hebreos dominados y dominadores egipcios. La tradición le hace miembro de las clases cautivadas. Pero, al mismo tiempo, le recuerda como egipcio por formación y cultura. No es un marginado inepto: sabe moverse entre los círculos del mando y puede convertirse en príncipe de estado. Tiene ante sí una carrera esplendorosa de guerrero, cortesano o diplomático. Ha vivido precisamente en el lugar donde se cruzan el dolor de los hebreos y el poder de los egipcios, y ese lugar define su existencia y su tarea.

Moisés no debería haber vivido, pues el Faraón condenaba a los varones hebreos neonatos (Éx 1-2), para que el pue-

---

<sup>11</sup> Sobre Moisés, además de obras citadas en nota 1, desde una perspectiva histórica y creyente, cf. R. de Vaux, *Historia antigua de Israel* I, Cristiandad, Madrid 1974, 315-348; M. Noth, *Historia de Israel*, Garriga, Barcelona 1966, 11-120; J. Bright, *Historia de Israel*, DDB, Bilbao 1970; R. Albertz, *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento* I, Trotta, Madrid 1999, 83-128.

<sup>12</sup> El Moisés de la tradición israelita, de Éx 1-4 y del conjunto del Pentateuco, constituye una figura simbólica sublime de la religión israelita, estudiada desde perspectivas distintas por antropólogos y psicólogos, filósofos e historiadores de la religión, entre los que sigue destacado, por genial y unilateral, S. Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas* IX, Biblioteca Nueva, Madrid 1975, 3.241-3.324. Aquí evocamos su figura como liberador social y religioso.

blo sometido no creciera y los esclavos no se alzarán y pudieran destruir su imperio. Pero el sistema también falla: no logra controlarlo todo; hay siempre comadronas buenas (Éx 1,15-21). Viendo que ellas no obedecen (sirven a la vida, no al sistema), el Faraón mandó que «todo varón hebreo que naciera, fuera echado al río, para dejar sólo a las niñas» (Éx 1,22). De esa forma, el Nilo, corriente de vida (los egipcios nacen y viven de sus aguas) se vuelve por ley río de muerte. Pues bien, allí donde el sistema controla y destruye, Dios libera, de forma que el mismo Nilo-tumba se hace cuna de más alto nacimiento:

«Un hombre de la casa de Leví tomó como mujer a una hija de Leví. Concibió la mujer y dio a luz un hijo. Y viendo que era hermoso, lo tuvo escondido durante tres meses. Pero no pudiendo ocultarlo ya por más tiempo, tomó una cestilla de papiro y la calafateó con betún; metió en ella al niño y la puso entre los juncos, a la orilla del río» (Éx 2,1-3).

Nació en la tribu de Leví (transmisora de tradiciones sacrales), y su madre, no pudiendo ocultarlo más tiempo, lo confió a las aguas del Nilo en un barco-cuna. De esa forma, el río-cementerio se hace hogar más alto: en sus corrientes flota Moisés, navegando en manos de la providencia, personificada por la hija del Faraón, que le ve y acoge, le adopta y educa. De esa forma se vuelve egipcio por formación y cultura<sup>13</sup>.

«Bajó la hija del Faraón a bañarse en el río, y mientras sus doncellas paseaban por la orilla, divisó la cestilla entre los juncos y envió una criada suya para que la recogiera. Al abrirla, vio un niño que lloraba. Se compadeció y exclamó: “Es uno de los niños hebreos”. Entonces dijo la hermana de Moisés (que estaba escondida): “¿Quieres que yo vaya y llame a una nodriza de entre las hebreas, para que te críe este niño?” La hija del Faraón le contestó: “Vete”. Fue, pues, la joven y llamó a la madre del niño. Y la hija del Faraón le dijo: “Toma este niño y críamelo, que yo te lo pagaré”. Tomó la mujer al niño y lo crió. El niño creció, y ella lo llevó entonces a la hija del Faraón, que lo tuvo por hijo y le llamó Moisés, diciendo: “De las aguas lo he sacado”» (Éx 2,5-10).

---

<sup>13</sup> La filología confirma ese dato: Moisés (Moses, Mosis) es un nombre egipcio, como Amosis o Tutmosis, faraones. La Biblia lo ha interpretado en hebreo, de manera popular, con el sentido de «salvado de las aguas».

El libertador futuro de Israel nace del Nilo y su propia madre (hebrea) le cría y alimenta hasta el destete, momento en que le acoge su madre adoptiva egipcia. Es hombre de dos mundos: los mismos egipcios le ofrecen un conocimiento que luego podrá poner al servicio de la libertad, para destruir como egipcio el sistema de Egipto. Tras ese comienzo el texto calla. Deja que los años de Moisés transcurran oscuros en la casa y corte de la hija del Faraón. Lleva en la sangre el recuerdo de sus hermanos oprimidos y crece en el ambiente egipcio: como hombre de la corte al que se abren todos los caminos. Parece que ese ambiente debería dominarle; lo normal hubiera sido que olvidara su principio. ¿Qué le importa al salvado la muerte de los otros? Pero le importa.

«En aquellos días, cuando Moisés ya fue mayor, salió a visitar a sus hermanos y comprobó sus penosos trabajos. Vio también cómo un egipcio golpeaba a un hebreo, a uno de sus hermanos. Miró a uno y otro lado y, no viendo a nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena» (Éx 2,11-12).

Sale como harán Buda y Jesús, para descubrir el sufrimiento de los pobres, decidiéndose a ayudarles<sup>14</sup>. Este descubrimiento le obliga a enfrentarse con los opresores: se le enciende la sangre y responde como quien es, cortesano y guerrero. Asume la justicia por su mano y, en fuerte arrebatado de furia y talión, mata al opresor egipcio. Éste es el comienzo de su vocación. Ha sentido en su sangre la injusticia destructora y elimina con violencia al opresor, que es un egipcio. Hay doctrinas que propugnan la no-violencia para sostener la injusticia legal del orden establecido<sup>15</sup>. Moisés se opone a ellas con violencia, pero pronto descubre su impotencia:

---

<sup>14</sup> La vida es opresión, los dominadores explotan y violentan a los dominados. Éste es el principio de su «filosofía». No se apoya en un *cogito* (pienso) como Descartes, ni en el *imperativo* de Kant, sino en los expulsados del sistema.

<sup>15</sup> Normalmente condenamos la violencia, «venga de donde viniere», como repiten quienes viven de ella. Ciertamente, ella es mala, porque engendra más violencia, en círculo mimético repetido; pero no podemos olvidar que existe y que actúa, de manera especial, en contra de los oprimidos, los hebreos de todos los tiempos.



«Salió Moisés al día siguiente y vio a dos hebreos que se enfrentaban entre sí y reñían. Y dijo al culpable: “¿por qué riñas a tu hermano?” Éste respondió: “¿Quién te ha hecho jefe y juez sobre nosotros? ¿Acaso estás pensando en matarme como mataste al egipcio?”» (Éx 2,13-14).

Ésta fue la segunda salida. Moisés se arriesgó en los suburbios de pobreza, llevando consigo el dolor del hebreo (sufriendo con los oprimidos) y la violencia de los opresores. Cuando mató al egipcio, sus hermanos (hebreos) callaron. Él quiso enseñarles a vivir en paz y le rechazaron. Lo malo del sistema es que engendra miméticamente violencia y opresión entre sus víctimas<sup>16</sup>. En medio de la lucha viven, en ella se sostienen y defienden. Moisés lo descubrió y tuvo que huir, escapando del sistema: «(Cuando le rechazan los hebreos...) Moisés, lleno de temor, se dijo: “la cosa ciertamente se sabe”. Y ciertamente, supo el Faraón lo sucedido y buscaba a Moisés para matarle. Pero él huyó de la presencia del Faraón y se fue a vivir al país de Madián» (Éx 2,14-15)<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> Violento en grado sumo es el sistema (Faraón). Pero también lo son Moisés, ministro egipcio, que mata al opresor, y los hebreos que combaten entre sí. Están acostumbrados al talión, que es lucha universal, y según ella combaten.

<sup>17</sup> Huye fracasado, conforme a un modelo común en las revoluciones. Es difícil triunfar a la primera, no sólo porque los motivos suelen estar entremezclados, sino porque conviene que los oprimidos maduren, para asumir su más honda tarea, desde el desierto, cárcel o exilio. 1) *Se siente fracasado*, por impotencia y miedo: ha intentado resolver la opresión con violencia, pero no ha logrado su objetivo. No sabe lo que puede ofrecer a sus hermanos cautivados y les deja buscando su propia salvación. 2) *Huye perseguido*, porque el mismo Faraón le busca. El sistema es inflexible y no permite que nadie se desvíe, ni siquiera en la casa real. Para poder vivir, Moisés ha de fugarse, buscando un lugar resguardado, fuera del orden imperial de Egipto, donde la hija del Faraón ya no puede ayudarlo. 3) *Quiere libertad*. Ciertamente, escapa del laberinto de violencia egipcia. Pero, al mismo tiempo, busca, quizá sin advertirlo, nuevas formas de liberación desde el destierro. Toma distancia para reposar, serenarse y descubrir las fuerzas que le capacitan para entregarse en favor de los oprimidos. En el principio de la religión judía, personificada en Moisés, está el peligro del sistema y la presencia de Dios que es libertad para los oprimidos. Moisés fue hombre de corte y reino, como Buda, hasta que descubrió la opresión de los hebreos (Buda ve al enfermo, moribundo y muerto). Su apertura a Dios, su nueva religión nacerá en este contexto. En una situación semejante se hallarán más tarde Jesús y Muhammad, que deberán responder de otras maneras.

*b) En tierra de Madián, revelación de Dios*

Huye a Madián (Éx 2,15), hogar de los parientes libres de los oprimidos. Vuelve al pasado de su pueblo, a los principios de una humanidad no destruida por el sistema. La vida allí es sencilla: no hay lujos, ni templos-palacios; hay fraternidad, y los hombres de la estepa le abren su casa<sup>18</sup>.

«Moisés se fue a vivir al país de Madián y se sentó junto a un pozo. Tenía el sacerdote de Madián siete hijas que fueron a sacar agua y llenar los pilones para abreviar las ovejas de su padre. Pero vinieron los pastores y las echaron. Entonces, levantándose Moisés salió en su defensa y abrevó su rebaño. Al volver donde su padre... éste les dijo: “¿Cómo es que venís hoy tan pronto?” Respondieron: “Un egipcio nos libró de las manos de los pastores y además sacó agua para nosotras y abrevó el rebaño”. Preguntó entonces a sus hijas: “¿Y dónde está? ¿Cómo habéis dejado ir a este hombre? Llamadle para que coma”. Aceptó Moisés morar con aquel hombre, que le entregó como esposa a su hija *Séfora*. Ésta dio a luz un hijo, y Moisés le llamó *Gersón*, pues dijo “forastero soy en tierra extraña”» (Éx 2,15-22).

El padre, sacerdote y pastor de rebaños, acoge al fugitivo, ofreciéndole la mano de su hija. Moisés encuentra así familia sobre el mundo. Ciertamente, es forastero (como indica el nombre de su hijo), pero en sentido estricto no es un exiliado, ni tiene perdido el corazón, pues ha encontrado muchachas que le esperan en el pozo, un hombre que le acoge y una mujer que le hace padre. La historia debería concluir en este punto: Moisés fugitivo se instalará en la estepa, con los antepasados nómadas del pueblo. Pero el auténtico camino empieza ahora, desde Dios:

«Moisés era pastor del rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Una vez, llevó las ovejas... hasta Horeb (Sinaí). El Ángel de Yahvé (Dios mismo) se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza (árbol pequeño). Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que no se consumía. Dijo Moisés: “Voy para ver ese caso extraño: ¿por qué no se consume la zarza?” Cuando Yahvé... vio que Moisés se acer-

<sup>18</sup> Además de obras citadas en nota 1, cf. A. Neher, *Moisés y la vocación judía*, Aguilar, Madrid 1962; G. del Olmo, *La vocación de líder en el Antiguo Testamento*, Univ. Pontificia, Salamanca 1973, 65-100; H. Schmid, *Mose. Überlieferung und Geschichte*, BZAW 110, Berlín 1968; J. L. Ska, *Le passage de la mer. Étude de la construction, du style et de la symbolique d'Éx 14,1-31*, An. Bib. 109, Roma 1986.

caba dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios» (Éx 3,1-6).

En contra de los egipcios, que habían cautivado a Dios en un sistema de opresión, Moisés empieza a verle en la naturaleza, como sabían y saben hacerlo las religiones cósmicas: reconciliarse con la vida (árbol) y su fuerza (fuego) será punto de partida de un proceso de fuerte creación religiosa. Dios se revela en la *montaña* de la estepa (Horeb-Sinaí), como Señor de la naturaleza, sobre el sistema de opresión de Egipto, que identifica lo sagrado con el orden económico-social. Es *fuego*, poder transformador: llama que arde sin consumirse, fuente de luz y calor, misterio. Los egipcios habían pervertido las fuerzas de la naturaleza, al convertirlas en principio de opresión. Pero Moisés rompe el sistema y puede hallar a Dios en la naturaleza antigua (rebaño y monte, árbol y fuego), para elevarse después y descubrirle en su verdad más honda, como liberador de los pobres, abriendo así un camino de misterio que define desde entonces la identidad de los judíos<sup>19</sup>. Así habla:

– *Principio*: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» (Éx 3,6). Este Señor de la montaña es aquel al que gritan los hebreos oprimidos, siendo Dios de los «patriarcas», padres fundadores, que han creído en él y han buscado un futuro para los humanos. Moisés ha dejado el sistema, pero encuentra el recuerdo de sus antepasados. También Jesús (cf. Mc 12,18-27) retornará al Dios de los padres para arraigar su nuevo mensaje en la memoria de los antiguos, que viven en Dios.

– *Experiencia básica*: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus lamentos contra los opresores, me he fijado en sus dolores y he bajado para liberarlos...» (Éx 3,7-

---

<sup>19</sup> A. de Pieris, *El rostro asiático de Cristo*, Sígueme, Salamanca 1988, 52-60; 80-84, viene destacando esta raíz cósmica de las religiones meta-cósmicas: sólo un buen contacto con el principio «sagrado» de mundo nos permite elaborar los momentos más elevados de nuestra persona, para vivir en libertad y comunión.

8). El mismo Dios de los padres (Abrahán, las tribus) es Señor y Protector de aquellos que no tienen familia, pues se encuentran aplastados y oprimidos en Egipto; así quiere actuar, para hacerles su familia verdadera. Sin esta apertura hacia los pobres y excluidos del sistema la revelación de Dios carece de sentido.

– *Yahvé, Nombre-Sin-Nombre*: «Soy el que Soy. Esto dirás a los israelitas: Yahvé, Dios de vuestros padres, me envía a vosotros...» (Éx 3,14-15). Moisés quisiera «conocer» el Nombre, para ponerlo a su servicio, en una especie de nuevo sistema religioso. Si lo consiguiera se habría convertido en un mago superior o sacerdote del misterio (Éx 3,12). Pero Dios no se lo dice y se revela como aquel cuyo Nombre es *Sin-Nombre*<sup>20</sup>.

– *Misión*: «Esto dirás a los israelitas: “Yo soy” me envía» (Éx 3,14). La experiencia del *Nombre-Sin-Nombre* se vuelve tarea de liberación. El mismo Dios absoluto, infinito (El que Soy) ha hecho a Moisés mensajero de su acción liberadora: «Vete, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo» (Éx 3,10). Éste es el comienzo y sentido permanente de la experiencia israelita, la raíz del profetismo de Moisés<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Muchas veces queremos negar la trascendencia de Dios: manejarle, dominando su Nombre y poniéndolo al servicio de nuestro sistema. Pero el Dios verdadero trasciende todo concepto o poder manipulable: *Soy el que Soy*, Más-allá, y así me hago presente, para liberar a los hebreos oprimidos (eso significa Yahvé, Nombre Sin-nombre). Cf. A. M. Dubarle, *La signification du nom du Yahveh*, RSPH 35 (1951) 3-21; R. de Vaux, *Historia antigua de Israel* I, Cristiandad, Madrid 1974, 315-348; P. Van Imschoot, *Teología del Antiguo Testamento*, FAX, Madrid 1969, 36-60; T. N. D. Mettinger, *Buscando a Dios. Significado y mensaje de los nombres divinos en la Biblia*, Almendro, Córdoba 1994, 31-64; W. Eichrodt, *Teología del Antiguo Testamento* I, Cristiandad, Madrid 1975, 163-208.

<sup>21</sup> Toda la historia de Israel se condensa en esta revelación de Dios como liberador de los oprimidos, superando el sistema de Egipto, sin crear nuevo sistema social o religioso (sin dominar el Nombre). A lo largo de su historia, los judíos se han sentido y sienten identificados con aquellos hebreos liberados por Moisés. Ciertamente, el profeta es valioso, pero en sí sólo importa Dios, a quien podemos ver en tres niveles: 1) *Es Señor cósmico* de la montaña, en el sentido original de altura, grandiosidad y misterio, simbolizado por el fuego inextinguible, fuerza viva en donde todas las cosas se consumen y renacen; 2) *Es Dios de los padres*, vinculado a la tradición de los patriarcas nómadas creyentes; 3) *Es Dios de los hebreos oprimidos*, a quienes Moisés debe liberar.

El *Dios de los padres* (pueblo elegido) es el *Dios de los oprimidos*. La «familia» de Dios no es una agrupación de prepotentes, sistema de dominio, que expulsa a los contrarios o distintos, sino pueblo que sufre y nace a la experiencia de amor y libertad con la ayuda del Dios, Nombre-Sin-Nombre, que no sacraliza el sistema (orden de fuerza), sino que hace suyo el sufrimiento de los pobres y expulsados. Contra quienes piensan que es opresión, frente a los que añaden que se evade del mundo y carece de amor y autoridad para cambiarlo, Dios se presenta ante Moisés como Presencia de liberación. Desde este fondo pueden entenderse sus nombres más significativos:

– *El, Elohim*. Significa lo divino, sea en forma singular (*El*) o plural (*Elohim*). Posiblemente, en su principio, evoca la majestad o grandeza sagrada del mundo. Ahora indica sin más lo divino, tal como es conocido en otros nombres de Israel del entorno. Esos nombres permiten dialogar con otras religiones y culturas: *Ilu* es Dios para los cananeos, *Allah* (de *Al-Illah*) para los árabes, sean o no musulmanes. Dentro de la tradición israelita, este nombre ha recibido matices como: *El-Sadai, El-Elyon* (Dios del Monte, Dios Excelso), etc.

– *Yahvé*. Dios no se define ya como *El-Elohim* (divinidad en general), ni como *Baal*, Señor cósmico, vinculado al ritmo de la vida<sup>22</sup>, sino como *Yahvé*, Soy-quien-Soy. Este nombre, que suele transcribirse como *Yahweh, Yah* o *Jehová*, está vinculado desde antiguo al Sinaí y parece originario de los madianitas nómadas. En un momento dado, los israelitas han tomado este Nombre-Sin-Nombre (Soy-quien-Soy) como propio de su Dios. De esa forma, rechazando el signo y culto de Baal, identifican a *El-Elohim* (lo divino) con *Yahvé*, término propio y peculiar del Dios de los hebreos liberados: «Yo Soy-quien-Soy. Éste es mi Nombre: así dirán a los israe-

---

<sup>22</sup> Yahvé ha empezado siendo un *Baal de la Montaña* sagrada, Señor de las potencias cósmicas y de los procesos de la vida. Pero más tarde, los judíos atribuyen ese nombre *Baal (Señor)* de forma casi exclusiva a las divinidades cananeas de la fertilidad, concebidas de manera masculino-femenina y vinculadas a los ritos de la fecundidad.

litas: Yahvé me ha enviado a vosotros» (Éx 3,14). Nombre significa aquí verdad original<sup>23</sup>.

– *Nombres del Sin-Nombre: Adonai, Kyrios, Señor.* Al decir «Soy-quien-Soy» y llamarse Yahvé, Dios indica que su Nombre es Sin-Nombre, de forma que nadie puede manejarle. Es Sin-Nombre, pero se revela y libera a los oprimidos. Lógicamente, la tradición judía ha querido destacar este silencio indecible de Yahvé y ha preferido dejarlo en Hueco, de manera que los fieles no pueden pronunciarlo, por excelso, y deban buscar otra palabra (*Adonai, Kyrios, Dominus, Señor*), para evocar, sin pronunciarlo, el misterio Sin-Nombre, que muchos pensadores han interpretado como: Esencia suma, Ser supremo, Existencia originaria<sup>24</sup>.

### *c) Profeta de liberación. Éxodo y nueva humanidad*

Moisés había sido un *particular*, hebreo de nacimiento, egipcio de formación y madianita de familia (yerno de sacerdote, pastor en la estepa). Ahora es ministro de Dios y del pueblo:

---

<sup>23</sup> Dios no tiene rostro, por eso no podemos encerrarlo en ídolos o formas: («no harás escultura ni imagen alguna de Dios...»: Éx 20,4), pero recibe este Nombre-misterio, que le revela al ocultarle, pues «no podemos pronunciarlo en vano» (Éx 20,12). Sobre el sistema impositivo de Egipto, asumiendo el cansancio y angustia de los oprimidos, Dios revela su esencia liberadora, rescatando a los esclavizados con brazo extendido y mano fuerte (Éx 6,6).

<sup>24</sup> Esas interpretaciones tienden a olvidar que Dios se revela ante Moisés como Liberador: es el que actúa y, actuando, redime a los oprimidos. Los judíos siguen concibiendo al Yahvé-Sin-Nombre como Poder-Liberador. Los cristianos lo interpretan como Padre que engendra y libera a los humanos, al resucitar al Cristo-Señor de entre los muertos. Moisés aparece también como *hombre de contemplación*: ha visto a Dios en el árbol del fuego en la montaña; ha conversado con él a rostro descubierto... En esa línea, la tradición judía de Filón Alejandrino y la cristiana, desde Gregorio de Nisa (*Vida de Moisés*), le han llamado *místico*, pues ha subido a la Montaña para ver a Dios cara a cara (en la línea de Éx 20,32-35). Es *hombre de Dios*, porque ha escuchado su palabra y ha respondido, volviéndose *hombre del pueblo* y entregándose al servicio de los hebreos cautivos. Dios le hace mediador de libertad para los hebreos, que no eran nación, sino siervos oprimidos, obreros explotados y esclavos sin más identidad ni conciencia nacional que el sufrimiento. Así aparece como fundador y legislador del judaísmo, convirtiendo a la masa de esclavos sufrientes en nación de liberados. Cf. A. Chouraqui, *Moisés*, 63-168.

- *Yahvé*: Vete, yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.
- *Moisés*: ¿quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?
- Dios: Yo estoy contigo, y ésta será para ti la señal de que te envío: cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto en este monte (Éx 3,10-12; cf. 4,19-23).

Moisés es ministro de Dios y así vive para realizar una tarea que le sobrepasa. Mira hacia sí mismo y se descubre desvalido, incapaz de realizar la acción propuesta. Por eso exclama: *¿quién soy yo!* Humanamente hablando, ante los ojos del Faraón y el sistema del mundo, es nadie, nada. Pero lleva en sí un Poder sobre el sistema: Dios le avala y acompaña (voy contigo), en un camino de pruebas y sangre: «Y sucedió que en el camino le salió al encuentro Yahvé en el lugar donde pasaba la noche y quiso darle muerte. Tomó entonces Séfora un cuchillo de pedernal, y cortando el prepucio de su hijo, tocó los pies de Moisés, diciendo: “Tú eres para mí esposo de sangre”. Y Yahvé le soltó. Ella había dicho “esposo de sangre” por la circuncisión» (Éx 4,24-26)<sup>25</sup>. La tarea de liberador exige un tipo de *sangre*: iniciación y entrega de la vida. No se puede liberar a los demás sin asumir los riesgos que ello implica, en compañía de otros. Pues bien, la primera compañía de Moisés son su esposa e hijo; con ellos camina, ellos asumen su riesgo. Sólo puede ayudar a los demás quien ha pasado con los suyos la noche y agonía de Dios.

En este contexto se sitúa la relación con su «hermano». *Moisés* se siente limitado y pide ayuda a Dios: «Por favor, Señor. Yo nunca he sido un hombre de palabra fácil». *Yahvé* le

---

<sup>25</sup> Moisés se ha puesto en marcha y en medio de la noche siente miedo. El mismo Yahvé que le ha nombrado libertador se le muestra en sueño y fiebre, como fantasma enemigo. El liberador sufre en agonía. ¿No estaba mejor en su desierto? ¿Quién le manda volver al lugar de su fracaso? Parece que Dios mismo le persigue en el albergue del camino. Pero su mujer le ayuda, como habían hecho antes su madre y las parteras, su hermana y la hija del Faraón, circuncidando al hijo o quizá al mismo Moisés (ofreciéndolo al Dios de Abrahán: cf. Gén 17) y tocando con su sangre los pies (= sexo) del marido. Posiblemente, un relato más antiguo contaba la circuncisión de Moisés, educado como egipcio (no circuncidado). Pero el texto actual habla más bien de la circuncisión del hijo, que supone e implica la del padre.

responde: «¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla bien. He aquí que justamente ahora sale a tu encuentro y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca. Yo estaré en tu boca y en la suya y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo; él será tu boca y tú serás su “Dios”» (Éx 4,10-16). Un liberador no puede ser solitario, debe tener acompañantes. Si se aísla y no encuentra personas que asuman su tarea y colaboren en su empeño no podrá realizarla. Pues bien, Moisés, liberador-caudillo, se vincula con Aarón, su «hermano» levita: «Fueron Moisés y Aarón y reunieron a todos los ancianos de los israelitas. Aarón refirió las palabras que Yahvé había dicho a Moisés, el cual hizo las señales (de liberación) ante el pueblo. El pueblo creyó y, al oír que Yahvé había visitado a los israelitas..., se postraron y adoraron» (Éx 4,29-31).

Así se inicia el movimiento de liberación. *Aarón* dirige la palabra: transmite a los hebreos la promesa y exigencia de la liberación. *Moisés* actúa, realizando los prodigios que convencen a los oprimidos. Acuden al Faraón, pidiendo libertad para el pueblo que sufre y protesta. El *Faraón* responde con amenazas: «Que se aumente el trabajo de estos hombres (hebreos) para que estén ocupados y no den oído a palabras mentirosas» (de Moisés y Aarón). Los *hebreos* castigados protestaban contra Moisés y Aarón: «Que Yahvé os examine y os juzgue, por hacernos odiosos al Faraón y a sus siervos» (cf. Éx 5,6-23).

Así se definen los frentes. *Yahvé*, Liberador Sin-Nombre, abre por Moisés un camino de libertad. *Faraón*, que es la institución económico-social y religiosa de Egipto, se opone. En medio quedan los *hebreos oprimidos* y sobre ellos *los capataces y escribas del pueblo hebreo*, que se venden al Faraón y su sistema, defendiendo sus intereses particulares. La misma palabra de liberación corre el riesgo de suscitar una guerra civil entre oprimidos. Pero Moisés y Aarón se mantienen, sosteniendo al pueblo y oponiéndose al Faraón, en una guerra liberadora, marcada por diez plagas simbólicas (Éx 7-13) que expresan un deseo fuerte: la naturaleza (mosquitos y ranas, peste y tormenta, langostas y tinieblas...) ha de ayudar a los oprimidos. La voz de li-



bertad acaba escuchándose, no hay fuerza superior a la palabra de Dios, que actúa por Moisés, su profeta<sup>26</sup>.

– *Moisés no ha trazado un alzamiento militar*, pues armas y ejército terminan siendo del sistema, que asegura su ventaja con violencia. No es guerrillero al mando de una tanda de rebeldes, ni general supremo de una guerra de estado contra estado. Poder militar y economía son sistema. Moisés es un profeta que ha escuchado la Palabra de Dios, Principio-libertad, y puede liberar sin armas a los oprimidos.

– *Las plagas evocan la fragilidad de los poderes cósmicos* que el sistema no puede controlar. El Divino-Faraón dirige el orden económico-social (graneros) y el militar (soldados y carros de combate), pero no puede imponer su capricho sobre el río y la tormenta, los animales y la noche, las úlceras enfermas y la peste, ni puede hacerse dueño del mundo y conservar la vida de sus hijos primogénitos. Uno a uno se le imponen los peligros de una tierra frágil (polución, hambre, epidemias y muerte), como jinetes del Apocalipsis (cf. Ap 6,1-8), pues su poder se asienta sobre pies de barro, de fragilidad cósmica y humana.

– *La liberación desborda el nivel cósmico y se funda en la presencia de Dios*, que actúa de forma social y religiosa. El imperio del Faraón es idolatría, sistema divinizado. Moisés va desmontando paso a paso sus seguridades: un grupo de hebreos oprimidos, un puñado de esclavos, son capaces de abrir y explorar un camino de libertad compartida, superando la amenaza del imperio, que acaba destruyéndose a sí mismo (el ejército del Faraón se auto-aniquila en el Mar Rojo)<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Actualmente resulta difícil entender y actualizar el tema de las plagas: a veces pensamos que son pura magia, visión ya superada de la realidad, pues nosotros no podemos repetir las para proclamar la voz de Dios y liberar a los nuevos oprimidos. Pero al fondo de ellas late una experiencia de libertad y un programa de revolución liberadora.

<sup>27</sup> No podemos detallar los momentos de esa acción liberadora en que Moisés va mostrando la fragilidad de las bases cósmicas e ideológicas (religiosas) del sistema, que envenena al mundo (ruina ecológica), destruyéndose a sí mismo (cf. Éx 6-11). Los liberadores posteriores deben actualizar esa estrategia de las plagas, pues

Si la revolución de Moisés hubiera triunfado por armas y dinero no podría iluminarnos, ni sería fuente de esperanza, pues armas, dinero y administración siguen en manos de los nuevos faraones del sistema (multinacionales, bloques imperiales, pactos militares...). Moisés desborda esos poderes y revela un más alto principio-libertad, que se vincula por gracia con los excluidos (hebreos), en camino que lleva a la libertad. De esa forma vincula teoría y praxis: sólo aquellos que mantienen su compromiso a favor de los hebreos y se arriesgan para superar la dictadura de las armas y dinero, en línea de humanización, entenderán este relato. Previamente, los hebreos no eran pueblo. Vivían sin saberse y sin saberlo, dominados por la opresión idolátrica que les impedía comunicarse en libertad. Ahora han nacido: se han atrevido a ser, quebrando las mallas del sistema, como personas que pueden compartir la vida. Así comienza la ruptura fundante de lo humano<sup>28</sup>.

Sólo cuando los hebreos se arriesgaron avanzando pudo suceder el milagro. «Moisés extendió la mano sobre el mar y Yahvé hizo retirarse al mar con un fuerte viento de levante que sopló toda la noche. El mar quedó seco y las aguas se dividieron en dos» (Éx 14,21). Ciertamente, este relato conserva una memoria agradecida: un grupo de hebreos consiguió romper la opresión del sistema y salir de Egipto, atravesando de ma-

---

toda libertad y comunión humana ha de llevar a un encuentro respetuoso con la naturaleza, que se eleva sobre los poderes del sistema.

<sup>28</sup> También hoy, para comulgar en libertad, debemos romper las vallas de la globalización opresora, saliendo al campo abierto de la libertad, como los hebreos a quienes Moisés conduce al compromiso de la fe. *La libertad brota de la fe*: «El Faraón se acercaba, los israelitas alzaron la vista y vieron a los egipcios que avanzaban tras ellos» (Éx 14,10). Precisamente entonces, con el pánico en la espalda, se escuchó la palabra de fe: «No tengáis miedo; estad firmes y veréis la victoria que Yahvé os concederá hoy... Yahvé peleará por vosotros; esperad en silencio» (Éx 14,13-14). *También hace falta esfuerzo humano*. Perseguidos, casi atrapados por Egipto, los hebreos dan un paso y se arriesgan: «Di a los israelitas que avancen: tú alza el bastón y extiende la mano sobre el mar, y el mar se abrirá en dos, de modo que los israelitas puedan atravesarlo a pie enjuto» (Éx 14,16). Normalmente, queremos primero el milagro (murallas que quiebran, aguas que se abren), para caminar después. Necesitamos que se derrumbe este sistema de opresión para buscar alternativas. En contra de eso, la libertad empieza cuando el pueblo de los pobres se pone en marcha y camina.

nera sorprendente un brazo de mar, en una zona pantanosa. Cambió el clima, mudó el viento o se alzaron las mareas, y los enemigos no pudieron alcanzarles, atrapados quizá por la misma cortina del agua cambiante. «Dios estaba allí», sintieron los hebreos. Les liberó el Señor de libertad y el *Sin-Nombre* vino a definirse para siempre como «aquel que ha sacado a los hebreos de Egipto» (cf. Éx 3,20; Dt 5,6; cf. Dt 26,5)<sup>29</sup>.

Desde este fondo se entiende la nueva tarea de Moisés, *hombre del pacto*: debe convertir a los hebreos oprimidos y fugitivos en hombres solidarios, en torno al cordero de Pascua, acogiendo la ley de la alianza. La nueva humanidad no es sistema que oprime por igual a todos, ni contrato de lobos, ni rebaño de corderos, sino comunión de liberados, que han de vivir juntos y crearse mutuamente (no oprimirse), dándose la vida unos a otros. Para ello han de asumir unos principios de creatividad compartida. Previamente no hubo pueblo, sólo caminantes (Abraham), hebreos oprimidos (Egipto). Pero ellos se comprometen a crear (ser) un pueblo en libertad. Por eso han de pactar, para cumplir unas leyes comunes que garanticen su libertad sobre la tierra<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> *Esa experiencia no puede aplicarse de forma automática*: muchos pueblos han buscado libertad, se han arriesgado, como aquellos hijos de Israel, y han terminado atrapados, destruidos a la vera de un camino que se cierra como mar invadable, muro o alambrada de muerte. Pero el recuerdo judío del éxodo es principio de inspiración universal.

<sup>30</sup> Con esa intención se acercan a la Montaña de Dios, para aprender también ellos el Nombre que no puede nombrarse. No son inocentes, pues llevan cicatrices y semillas de violencia. Tampoco son puros pecadores, porque libremente quieren vincularse. Son sencillamente humanos, personas que pretenden fundar en Dios la tarea de su libertad compartida, testigos de su trascendencia. Allá, en la falda del monte, ante el brillo de la manifestación divina, los liberados de Egipto «firman» el pacto de Dios y acogen sus leyes, comprometiéndose a vivir en comunión, sin volver más a Egipto ni hacerse sistema. No tienen faraones, ni leyes opresoras, ni ejército que imponga su dictado, ni protectores externos. No quieren conquistar a los demás, ni dominar el mundo, sino vivir en concordia, conforme a la Ley que Moisés les ofrece (Éx 19-34). En este fondo se entienden los tres rasgos del judaísmo. 1) *Identidad*: «Os he llevado en alas de águila... para que seáis mi propiedad entre todos los pueblos» (Éx 19,4-5). 2) *Diferencia*: «No pactaréis con los habitantes del país porque serían un lazo para vosotros» (Éx 34,10-13). 3) *Misión*. El judaísmo ha nacido como pueblo-signo, para testimoniar la libertad recibida (Éxodo) y para ser ejemplo y promesa de libertad entre los pueblos. Cristianos y musulmanes han recreado y universalizado estos rasgos.

*d) Apéndice: ¿Por qué no entró Moisés en la tierra prometida?*

Moisés ha educado a los hebreos, se ha enfrentado al Faraón, ha capitaneado el éxodo y ha fijado la alianza, fundando así la nueva identidad del pueblo... Su vida incluye además otros aspectos que aquí sólo evocamos: edifica el Santuario (Éx 25-40), promulga leyes sacrales (Lev), lucha contra los «revisionistas» del becerro de oro (poderes establecidos), intercede en favor del pueblo, camina cuarenta años por el desierto, etc. Pero en el fondo de todo se eleva una pregunta: ¿Por qué no entró en la tierra prometida? ¿Por qué la vio y murió a sus puertas? Eso ha inquietado a muchos creyentes posteriores, que afirman incluso que Moisés pecó por desconfianza. El pueblo murmuraba por falta de agua. Dios mandó a Moisés golpear en una roca. *Él* tomó la vara... y dijo: «Escuchadme, rebeldes. ¿Podremos hacer que brote el agua de esta peña por vosotros?» Alzó la mano y golpeó la roca por dos veces. El agua brotó en abundancia y bebió la comunidad y su ganado. *Yahvé* dijo entonces a *Moisés* y *Aarón*: «Por no haber confiado, por haberme deshonrado ante los israelitas... no guiaréis a esa asamblea hasta la tierra que les he dado» (Éx 20,9-12).

Moisés liberador no ha conseguido la meta; ha muerto cuando el pueblo estaba para entrar en ella. El texto explica el hecho diciendo que ni Moisés pudo elevarse ante Dios como perfecto, a pesar de su grandeza, pues siguió envuelto en debilidades. Hay además otra razón: los libertadores mueren ordinariamente sin lograr la meta. «*Moisés* subió de la estepa de Moab al monte Nebo, frente a Jericó. Y *Yahvé* le fue mostrando desde allí toda la tierra prometida... Y después le dijo: “ésta es la tierra que prometí a vuestros padres. Te dejo verla con tus ojos, pero no pasarás a ella”. *Allí murió Moisés*, siervo de *Yahvé*, en el país de Moab... Le enterraron en el valle, en tierra de Moab. Pero nadie hasta hoy ha conocido su tumba» (Dt 34,1-6). Nadie ha podido venerarle; su final está en el Nebo, ante las puertas de la tierra prometida. Pero su

herencia no es un sepulcro, sino la Ley de Dios y el mismo pueblo. Su religión no es un culto funerario, sino esperanza y tarea de la libertad sobre el sistema, la comunión de los antiguos o nuevos hebreos. Así acaba de manera sorprendente el libro de la Ley israelita, que puede interpretarse al menos de tres formas.

– *Los judíos* afirman que la herencia de Moisés es un Camino de Presencia nacional: la Ley que él promulgó, de parte de Dios, para conducir a los hebreos, esclavos del sistema, hacia la tierra prometida. En un sentido, el sucesor de Moisés ha sido Josué (= Jesús), conquistador de Palestina (cf. Dt 34,9; Jos 1-2). Pero, en otro, el verdadero Josué-Salvador aún no ha llegado, y por eso los judíos siguen siempre en éxodo, separados y amenazados, pero manteniendo ante los nuevos faraones la protesta de sus gritos y el testimonio de su opción de libertad, que quieren ofrecer un día a todos los humanos.

– *Los cristianos* suponen que el auténtico heredero de Moisés es Josué-Cristo (cf. Hebr 1,1-3) y añaden que ha muerto por su fidelidad a Dios y por su opción liberadora, no por sus pecados (que no los ha tenido). Ha muerto porque le han matado los que no aceptaban su tarea sanadora a favor de los nuevos hebreos (impuros, enfermos, oprimidos). Se ha mantenido hasta el fin, sobre el monte de la Cruz, no en el Nebo de Moab, y sus fieles conocen su sepulcro pero saben que está vacío (cf. Mc 16,1-8). No ha dejado una Ley y un pueblo separado; se ha dejado a sí mismo para todos los que quieran aceptar su mensaje y tarea de Reino.

– *Los musulmanes* afirman que la historia de Moisés profeta ha culminado en Muhammad, de forma que el Éxodo se vuelve Hégira, como indicaremos. Pero, en contra de Moisés, Muhammad no salió de La Meca por siempre, sino para retornar y transformar el mismo sistema de opresión en pueblo de fieles liberados<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> La experiencia de Moisés, que el Pentateuco narra de forma ejemplar y el judaísmo ha entendido como prototipo de su identidad, sirve de contexto para interpretar la Cruz-Pascua cristiana y la Hégira y conquista musulmana. Jesús y

### 3. Jesús, profeta del Reino y Mesías crucificado

Jesús se propuso asumir la herencia de Moisés y culminar su obra, anunciando el Reino de Dios (= éxodo de Egipto) a los nuevos hebreos, cojos-mancos-ciegos, impuros y excluidos del sistema sacerdotal del templo de Jerusalén. No ha querido sacarles de una tierra, para llevarles a otra, sino liberarles en aquella en que se encuentran oprimidos. Es así profeta-mesías de los expulsados del sistema judío y romano, que impone su orden legal sobre los pobres, a quienes Jesús ofrece el Reino de Dios, en mensaje y gesto que le lleva a la muerte.

#### *a) Argumento cristiano. Vida, mensaje y muerte de Jesús*

Los cristianos han de plantear su diálogo con el judaísmo y el islam desde la acción y mensaje (obras y palabras) de Jesús, que han culminado en su muerte mesiánica. Siglos de discusiones teóricas y disputas sociales, vinculadas a la identidad y prestigio de cada grupo religioso, han podido llevarnos a pensar que las diferencias eran conceptuales o sacrales. Pero ellas se sitúan más bien en un nivel de opción social. Así lo mostraremos, anticipando rasgos y motivos que sólo podrán desarrollarse al hablar de Muhammad y comparar ya unidos a los tres profetas.

– *Obras del Cristo: acción liberadora* (Mt 11,2-6). La tradición cristiana ha vinculado a Jesús con Moisés, liberador de los hebreos oprimidos (Éx 19-24). Pero los hebreos que Jesús ha querido liberar no son ya esclavos del sistema egipcio, si-

---

Muhammad ofrecen dos proyectos de universalización de la experiencia de Moisés y culminan de modos distintos (¿complementarias?) el camino de la profecía israelita. *El judaísmo* rabínico del siglo II-III EC prefirió interpretar de forma nacional la experiencia de Moisés; se centró en su propia identidad, pensó que no era tiempo para expandir la riqueza de su tradición sacro-social y la acción liberadora de Moisés, y por eso mantuvo sin cambios su recuerdo, según el Pentateuco. Por el contrario, cristianos y musulmanes lo expandieron de manera universal.

no expulsados de la sociedad sacral israelita: enfermos e impuros, hambrientos y pecadores, pobres y tristes... En favor de ellos ha pregonado su mensaje (cf. Lc 4,18-19; Mt 11,2-4) y ha organizado su movimiento de Reino<sup>32</sup>. Jesús ha sido un judío creyente, empeñado en la liberación de excluidos y pobres. Podemos llamarle sin duda profeta carismático (ha hecho milagros) y mesiánico (busca la plenitud de Israel). Pero él se ha visto como humano, Hijo de hombre. Así le vinculamos con Adán, hombre primero, con Abrahán, iniciador de un camino de fe, y sobre todo con Moisés, liberador. Pero no ha querido (ni podido) sacar a los hebreos de Egipto, sino liberarles en su misma tierra<sup>33</sup>.

– *Palabras de Jesús: Sermón de la Montaña* (cf. Lc 6,20-42 par). Las palabras responden a su acción liberadora, reflejan (fundamentan) su entrega a favor de los expulsados del sistema e incluyen tres motivos principales. 1) *Bienaventurados los pobres* (Lc 6,20-21 par): con ellos y por ellos ha iniciado su movimiento de Reino; por eso les llama privilegiados, siendo como son los expulsados del sistema. 2) *Amad a los enemigos* (Lc 6,27-36). La ley normal, principio de todos los sistemas, es la equivalencia o talión entre lo ofrecido y lo esperado; lógicamente hay que ayudar a los amigos y rechazar a los enemigos, premiar a los que rinden y expulsar a los inservibles. Pues bien, en contra de eso, Jesús pide a los suyos que «amen a los enemigos», rompiendo el sistema, en generosidad gratuita. 3) *No juzguéis* (Lc 6,37-42): el sistema valora y discierne, separa y juzga, dando a cada uno lo «debi-

---

<sup>32</sup> Jesús no ha sido sacerdote (no ha restaurado la sacralidad del pueblo desde el templo), ni escriba, empeñado en fijar con fidelidad tradiciones legales; ni fariseo o purista religioso. No ha buscado la liberación nacional con armas, como los celotas, ni ha proclamado sin más el fin del tiempo, como los apocalípticos; ni se ha separado de los pecadores para buscar una piedad y pureza especial, como los esenios.

<sup>33</sup> Los «hebreos» de Jesús no eran los oprimidos (refugiados) en Egipto, sino los impuros y expulsados del sistema del templo, publicanos y prostitutas, rechazados por el pueblo, pobres, enfermos, sin nombre. En favor de ellos ha iniciado un *movimiento de Reino*, desde las márgenes del sistema económico y sacral, social y militar de Palestina. No necesita sacerdotes ni soldados, no quiere juristas ni ricos, sino sólo personas: los rechazados por todos los sistemas.

do». En contra de eso, Jesús pide a los suyos que no juzguen, que superen el talión, la equivalencia económico-social o religiosa, amando en gracia a todos. Estas palabras de bienaventuranza, amor-perdón y superación del juicio, constituyen la identidad de su movimiento de Reino, a favor de la reconciliación universal, desde las márgenes del mundo, con los cojos-mancos-ciegos, los pecadores y expulsados, los impuros e incapaces de imponer su ley. Frente al sistema global que los expulsa, Jesús los hace germen de su comunión universal de Reino<sup>34</sup>.

– *Muerte de Jesús, fracaso mesiánico.* Muhammad pensaba que el auténtico profeta ha de ser un siervo de Dios, capaz de padecer persecución, como Jesús y él mismo la sufrieron; pero añade que la meta es triunfar, con la ayuda de Dios, para realizar la propia tarea sobre el mundo. Por eso, no quiso ni pudo aceptar el carácter salvador de la muerte de Jesús, ni tomarla como medio de revelación de Dios y liberación de los humanos<sup>35</sup>. El diálogo cristiano-musulmán ha de establecerse a mi juicio en este campo, sobre el corazón de una expe-

---

<sup>34</sup> Muhammad ha omitido toda referencia al Sermón de la Montaña, sea porque no lo conociera, sea porque no cabía en su proyecto; pero éste debe ser el centro del diálogo cristiano con judíos y musulmanes. No se trata de acusarles por haberlo olvidado, ya que Jesús dijo *no juzguéis* (Mt 7,1), ni de afirmar que los cristianos lo cumplimos mientras ellos (judíos y musulmanes) lo rechazan, pues podrían responder que no lo hicimos, en siglos de egoísmo y lucha poco evangélica. Pero debemos situar *la Ley* del judaísmo y la palabra de *justicia profética de Muhammad* (que funda una comunidad de sometidos) en paralelo *con el mensaje del perdón y gracia de Jesús*, de manera que se fecunden e iluminen. En el fondo está el tema de la voluntad de Dios. Todos quieren cumplirla, pero uno (Jesús) quiere hacerlo en claves de perdón-gratuidad, abriendo un camino de Reino para todos los humanos. El otro (Muhammad) afirma, en cambio, que son necesarios los argumentos de la fuerza (conquista de La Meca). Es difícil dar razón a uno u otro en plano de teoría. Los «dogmas» aislados (trinidad, encarnación, revelación coránica y normas ceremoniales) pueden quedar en segundo plano; lo que importa es la forma de responder a Dios e implantar la paz entre todos los humanos.

<sup>35</sup> A su juicio, Dios no podía abandonar a su profeta en la cruz, sino que tuvo que salvarlo, elevándolo al cielo, o permitiéndole vivir aún varios años. Los enemigos de Jesús se equivocaron: Dios les ofuscó, y mataron en la cruz a uno distinto, quizá a Simón de Cirene. Jesús fue rescatado de la muerte. No había logrado cumplir su tarea profética, convertir a los judíos, instaurar el Reino; pero hizo mucho bien, como amigo de Dios, que lo liberó; por eso espera el triunfo de los justos, reunidos al fin por Muhammad, el último profeta.



riencia de muerte que los musulmanes no comparten. Jesús dijo, según Marcos: *es preciso que el Hijo del hombre padezca* (Mc 8,31; 9,31; 10,32-34). Y así lo afirmó tras la Pascua: *era necesario que el Cristo padeciera* (Lc 24,26). En contra de eso, Muhammad supone que Dios no pudo «abandonar» a su profeta en el fracaso, tuvo que evitarle la cruz, bajándole o llevándole directamente al cielo, anticipando la resurrección final. Jesús no ha redimido a los hombres por la muerte, pero ha sido buen profeta y volverá al final para avalar la victoria de Muhammad y su sometimiento a Dios (cf. Corán 3, 54-55; 4, 155-158).

Éstas son las diferencias fundamentales de Jesús: su acción liberadora en favor de los expulsados del sistema, su mensaje de no-juicio y gratuidad, su muerte mesiánica. Los cristianos confiesan que Dios le ha resucitado de la muerte, instaurando la comunión universal del Reino sobre los poderes globales del sistema. El mismo Yahvé-Sin-Nombre (liberador de los hebreos) ha venido a presentarse, por tanto, como *Padre-que-se-nombra-a-sí-mismo* al resucitar a Jesús, profeta asesinado. *Muhammad*, en cambio, piensa que Jesús no pudo culminar su obra (instaurar el Evangelio). Pero el Dios que le había enviado no quiso dejarle morir bajo el poder de perversos sacerdotes. Por eso le liberó de la cruz o le llevó de forma directa hasta su gloria, en resurrección sin muerte (como a Henoc o Elías), engañando a los judíos que le habían rechazado. En realidad, *Jesús habría fracasado*. Era bueno, fue justo, anunció el recto camino, pero no logró realizar su obra, ni culminar su promesa. Lógicamente, sus discípulos fracasaron también: no lograron extender su Evangelio a todos los humanos. Jesús no ha sido, pues, el profeta final que se esperaba.

### *b) Mesías crucificado. La parábola cristiana*

Los textos que narran la pasión de Jesús son un testimonio clave de fe cristiana. No los han creado los evangelistas, sino que los han recibido de la tradición más antigua y los han elaborado, destacando la profunda coherencia entre el

mensaje de Jesús (que ofrece el Reino a los excluidos), su condena a muerte (dictada por los representantes del sistema) y la experiencia pascual de los discípulos. En esa línea quiero situarme, suponiendo que la muerte y pascua de Jesús constituyen el punto de partida y centro del diálogo cristiano con el islam. Es importante que en la base de ese diálogo esté lo que Jesús ha dicho y hecho, la forma en que ha muerto, y compararlo con la vida y mensaje de Muhammad. Para avanzar en el diálogo sería importante que los musulmanes estudiaran también su Corán como libro de fe y de historia humana. Cristianos y musulmanes deberíamos leer juntos, con respeto y fe, nuestros libros religiosos, vinculando ilustración (estudio crítico) y experiencia creyente. En esa línea se sitúa lo que sigue<sup>36</sup>.

1. *Jesús amenaza al templo y al Imperio.* La vida y mensaje de Jesús (opción por los excluidos, Sermón de la Montaña) culmina y se ratifica en su muerte. No es que haya querido morir, persiguiendo un ideal masoquista de fracaso, sino al contrario: ha buscado el Reino de Dios y ha querido instaurarlo, convocando precisamente a los impuros y expulsados del sistema, rechazados por sacerdotes, celotas y escribas judíos. Actúa como testigo de la gracia de Dios y no puede emplear en su favor (al servicio del Reino) los medios de fuerza del mundo: pactos de poder, violencia militar. Por eso sube a Jerusalén, para proclamar sin armas, en la ciudad de las promesas, su proyecto de Reino y comunión, en nombre de los marginados, nuevos «hebreos» del mundo. Así debemos compararle con Moisés, testigo y profeta de Dios, que quiso

---

<sup>36</sup> Ninguna época anterior había dedicado tanta atención a la historia crítica de la vida de Jesús como he mostrado en *Este es el Hombre. Cristología bíblica*, Estudios Trinitarios, Salamanca 1998. Autores como J. D. Crossan y B. L. Mack piensan que fue un tipo de filósofo itinerante, creador de sentencias paradójicas, amigo de la mesa compartida; G. Vermes o M. Smith le ven como un carismático, hacedor de milagros; otros, como profeta escatológico que anuncia y prepara la llegada del Reino de Dios (E. P. Sanders). Muchos, finalmente, le toman como profeta mesiánico y sabio, que ha puesto su vida y mensaje al servicio de la transformación final de los humanos (cf. G. Theissen, J. P. Meier, N. T. Wright), como vengo mostrando desde *El evangelio. Vida y pascua de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1993.

liberar y liberó a los hebreos del horno de la opresión de los egipcios, para conducirles a la tierra de la alianza:

– *De Yahvé, Dios Sin-Nombre, al Padre de los excluidos.* En la base del camino de Moisés, liberado de las aguas, estaba el encuentro con el Dios liberador (Soy-quien-Soy: Yahvé) ante la zarza-árbol ardiente, en la montaña (Éx 3-4). Pues bien, ese mismo Dios llama a Jesús *Hijo mío querido* (Mc 1,11 par), confiándole su Reino. Así aparece, sin dejar su lejanía y trascendencia, como Padre de los hombres, por encima del sistema.

– *Los hebreos* de Moisés se hallaban oprimidos por un orden externo (el Faraón de Egipto). Los nuevos *excluidos y pobres* de Jesús se encuentran marginados por la misma estructura sagrada del templo de Jerusalén, que ha pactado con Roma; Jesús no les saca de Jerusalén, sino que anuncia allí su Reino, superando el orden sagrado de su templo.

– *Moisés* liberó a los hebreos de Egipto y, aunque no culminó su tarea (murió a la vista de la tierra prometida), ofreció a los liberados una Ley de vida duradera, hasta que llegara el Reino. *Jesús*, en cambio, subió a Jerusalén, presentando su propuesta de libertad ante el nuevo Faraón (sacerdotes del templo israelita y soldados de Roma), siendo condenado por los funcionarios de un sistema.

– *La tumba de Moisés* quedó oculta, y sus hermanos judíos debieron centrarse en su Ley. Por el contrario, *la tumba de Jesús* quedó abierta y vacía, para que sus discípulos buscaran y fueran hallando su cuerpo en el pan compartido y la esperanza misionera de la iglesia. No les dejó una Ley para cumplir, sino su propia vida, fracasada por amor y victoriosa en su fracaso, capaz de convocar en unidad de gracia a todos los humanos, afirmando que «allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

En ese fondo se entiende el paralelo musulmán. Jesús vino de la periferia (Galilea) al centro (Jerusalén) para ofrecer su alternativa de gracia, su proyecto de Evangelio. No tuvo que salir primero en Hégira o gran retirada de ruptura, como hará Muhammad, abandonando la ciudad (622 EC), pa-

ra volver triunfador (630), sino que vino de fuera, para anunciar en la ciudad la caída de su templo injusto, dominado por los sacerdotes, y para promover un movimiento universal de gracia. Vino desarmado, como rey pacífico, con un grupo de entusiastas (cf. Mt 21,1-11) que no habían comprendido su proyecto y le negaron en el juicio. Así ofreció una comunión de paz (Reino de Dios) sobre la violencia del orden establecido y la contra-violencia agresiva de sus enemigos (cf. Lc 19,41-44). Subió sin armas, con la fuerza de Dios, esperando la llegada de la nueva humanidad, y entró en Jerusalén como el más poderoso (socialmente peligroso) de los pretendientes mesiánicos<sup>37</sup>. De manera normal, su camino y proyecto culmina en el Templo, como el de Muhammad en la toma y limpieza de la Caaba en La Meca<sup>38</sup>. Aquí se define el sentido de su Reino:

– *Muchos templos eran banco y fortaleza militar.* Eran también lugares de oración y encuentro religioso, de sacrificios rituales y reparaciones; pero ellos centraban una gran economía, basada en los impuestos y dones voluntarios de los fieles. Por eso eran lugares defendidos, que sólo con armas podían tomarse, como el 67-70 EC. Pero Jesús no busca el dinero, ni la fortaleza militar del templo. Viene sin armas, sin luchar ni defenderse, arriesgando su vida al hacerlo, instaurando un templo para todas las naciones.

– *Jesús proclama el fin de la economía y dominio sagrado del templo.* Tras el exilio y retorno, desde el 515 AEC, el judaís-

---

<sup>37</sup> Por la altura del Monte de los Olivos, que habían cruzado bandidos y conquistadores, se asomó a la Ciudad de Dios y sus promesas como portador de paz, para culminar su programa de Reino, ofreciendo en el corazón de su pueblo una palabra de gracia, una mesa de pan compartido, a favor de los excluidos del sistema. No quiso asaltar y conquistar la ciudad con armas, para que cambiara de dueño, sentándose en el trono de David, rey nacional, en lugar de sacerdotes y romanos, sino que realizó algo más revolucionario: tomó la ciudad sin guerra ni conquista externa, ofreciendo en ella su mensaje de fraternidad, desde los expulsados del sistema.

<sup>38</sup> Unos años más tarde (67-68 EC), celotas y sicarios judíos tomarán la ciudad y ocuparán su templo, con armas militares, en gesto de fuertes resonancias religiosas (como los macabeos el 167-164 AEC), sellando con ello el fin de la independencia nacional, pues los romanos responderán reconquistando la ciudad y quemando el templo (70 EC).

mo se había convertido en comunidad de culto en torno a un templo. Pero Jesús afirma con su gesto que el tiempo de ese templo y sociedad de culto ha terminado. Su mismo mensaje de gracia para impuros y excluidos exigía la caída del templo-sistema de exclusión, económicamente rico, al servicio de un pueblo (judíos) y una clase privilegiada de sacerdotes y puros (cf. Mc 11,15-19 par).

– *Jesús anuncia un nuevo espacio de plegaria y comunión universal*, a partir de los marginados (como muestra plásticamente Mt 21,12-17). Eso suponía que aquel templo-sistema debía desaparecer, como entendieron los sacerdotes al condenarle a muerte. Por eso, sus seguidores debieron configurarse y crear una comunidad sin templo, en torno a su persona, que interpretaron como principio de vinculación universal, sin Jerusalén ni Garizín, pues «Dios es Espíritu y en Espíritu y Verdad debemos adorarlo» (cf. Jn 4,24).

– *Judíos y musulmanes parecen añorar el templo*. De hecho, el sistema cayó el 70 EC, y los nuevos judíos nacionales (rabínicos) debieron organizarse como federación de sinagogas, en torno a un recuerdo y Ley común. A pesar de ello, Jerusalén tiene un valor simbólico muy grande y su templo en ruinas es referencia esperanzada para los judíos<sup>39</sup>. Muhammad, por su parte, recuperó de alguna forma el ideal de un templo material, capaz de unificar a los creyentes; por eso, retornó triunfante a La Meca y purificó su Caaba como «adoratorio universal», signo de vinculación no politeísta para los sometidos a Dios.

Jesús entró en los atrios del templo como mensajero del Reino de Dios y representante de los pobres-excluidos del sistema, realizando un signo fuerte de ruptura y juicio: volcó los bancos de los traficantes sagrados (que controlaban impuestos y dones del templo), expulsó a las víctimas de los sacrificios (esenciales para el culto, controlado por una casta es-

---

<sup>39</sup> Un grupo de fundamentalistas judíos quiere construir ahora (julio de 2001) un Tercer Templo junto a la explanada del Segundo (destruido en 70 EC). Su intento puede provocar la ira de los musulmanes y la división del judaísmo.

pecial de sacerdotes) y dijo, en nombre de Dios, unas palabras que la tradición posterior ha recogido con exactitud: *destruiré este templo...* (Mc 14,58). Evidentemente, quien debe hacerlo es Dios, conforme a una tradición central de los profetas (cf. Is 29,1-4; Jer 7), no para edificar otro similar (como en la restauración o la purificación del 515 y 164 AEC), sino para ofrecer la gracia universal sin templo, pues el templo verdadero son los fieles, vinculados en un «cuerpo» pascual (cf. Jn 2,21-22)<sup>40</sup>. Convencido de ello, en gesto de culminación mesiánica, en nombre de Dios, con signo profético bien preparado, Jesús anunció y realizó la destrucción del templo: «Como estas mesas caen... caerá ese “santo” santuario» (cf. Mc 11,15-16). Su gesto no fue militar (de soldados), ni particularista: no defendió a unos judíos contra otros, ni elevó a una casta clerical sobre otras, como sucedió en las diferentes disidencias de la historia judía, de los macabeos a la guerra del 67-70 EC, como vemos por Qumrán y Flavio Josefo. Pero tuvo un contenido político-social mucho más fuerte: arrancó los soportes nacionales y sacrales del sistema religioso para cumplir las promesas de Israel y vincular a todos los humanos por gracia no violenta, en comunión personal, desde los excluidos del sistema<sup>41</sup>.

2. *Asesinato de Jesús, pascua del Cristo: la Iglesia.* Roma había extendido su paz con espada y ley de violencia. Jesús no se alzó contra Roma con armas, sino que inició un movimiento de amor al enemigo y rechazo del talión (ley de venganza y guerra), abriendo así un espacio de esperanza en gratuidad pa-

---

<sup>40</sup> Jesús ha venido a destruir (superar) con eficacia, pero sin violencia militar, la vieja humanidad fundada en el impuesto y sacrificio religioso del templo. Aquel inmenso edificio de sacralidad (dinero, animales) y separación (judíos frente a gentiles, puros contra impuros) había perdido su sentido. Jesús proclamó el Reino y lo ofreció precisamente a los que el templo expulsaba (publicanos y prostitutas, leprosos y posesos), para que iniciaran una vida diferente.

<sup>41</sup> Es normal que le condenaran los sacerdotes (cf. Mc 11,18), pues destruía su legitimación económico-religiosa, y que los soldados de Roma, representados por el Procurador, ratificaran la sentencia. Sobre el sistema de nación sacral e Imperio (templo y ejército), Jesús había presentado la utopía creadora (no violenta, universal) del Reino.

ra los antes rechazados del sistema: los impuros de Israel, los excluidos u oprimidos del Imperio. Éste es su éxodo. Jesús sale del templo, pues la verdadera presencia de Dios son los pobres y expulsados del sistema, e ignora el orden económico-militar de Roma, que se funda en el dinero (cf. Mc 12,13-17), pues sólo son esenciales «las cosas de Dios», que se obtienen por gracia. Su Evangelio no se mide ni defiende, no se expande ni se impone con legiones: allí donde se escucha y acoge su palabra, las armas de guerra y el sistema militar pierden ya su sentido divino. Los sacerdotes condenaron a Jesús por su gesto profético en el templo: rechazaba su pureza nacional, su religión de grupo separado y pueblo santo. Los militares le mataron porque promovía un movimiento de liberación más peligroso que un ejército. La estrategia de Jesús parecía inofensiva; pero tanto sacerdotes como soldados la tomaron en serio, descubriendo que su pretensión mesiánica era contraria a sus intereses de pueblo separado (judíos) y de un Imperio mundial sostenido por la guerra (romanos).

Jesús no se retractó, escondido en aldea o desierto, para esperar tiempos mejores, pues aquéllos eran buenos (cf. Mc 1,14-15). Tampoco quiso levantar una partida de soldados celosos, santos guerrilleros, iniciando con ellos una marcha de Reino hasta Jerusalén, para conquistarla en estrategia militar que, según ley, podía parecer muy justa. No emigró o se refugió en algún oasis de seguridad, como hará Muhammad, estableciendo en Yatrib (Medina) las bases de su pueblo liberado, para conquistar después Jerusalén (La Meca). Cuando llegó la decisión, que equivale a la Noche del Destino de Muhammad (cf. Corán 97, 1-5), Jesús galileo descubrió que su mensaje suponía dar la vida. Supo que tendría que sufrir y lo aceptó (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,32-34), como perdedor mesiánico del Reino. Subió sin armas a Jerusalén, dispuesto a morir, condenado por sacerdotes-soldados, rechazado (negado o traicionado) por sus seguidores<sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> Jesús entró sin armas en Jerusalén, dejándose matar por los representantes de la ley-violencia (sacerdotes y soldados). Mostró así que creía en el Dios de la

Resulta relativamente fácil responder con armas a las armas, conforme a una ley de talión intramundano. Es fácil vencer una violencia con otra, de forma que siga expandiéndose en el mundo una espiral de acción y reacción de muerte que acaba destruyendo toda historia. Lo más hondo y difícil, inaudito y permanente, es lo que hizo Jesús galileo: se elevó sobre la violencia con su no-violencia activa, dejándose matar por el Reino. Sobre esa base de entrega creadora, sin apelar a poderes sacrales o marciales, han de fundar los cristianos su proyecto de comunicación. Por eso aseguran que Jesús ha muerto en cruz y que su muerte ha sido consecuencia de su acción mesiánica y signo del amor de Dios, principio de existencia para los creyentes (iglesia). Los musulmanes encuentran aquí dificultad, y en este campo debemos iniciar nuestro diálogo con ellos, buscando juntos el Reino de la Paz final, la comunicación en gratuidad y esperanza, por encima del sistema. Así podemos condensar nuestro argumento.

– *El sistema ha matado a Jesús*, culminando así y ratificando los pecados de una humanidad que sostiene y edifica su poder como violencia, expulsando y matando a los distintos. La globalización en sí no es algo malo: ha realizado cosas positivas, ha creado instituciones culturales, sociales, religiosas. Pero al cerrarse y volverse sistema, se vuelve violenta, tiene que poner sus intereses (razón de estado, razón religiosa) sobre la libertad creadora y la esperanza personal, humana, de los pobres. Jesús se alzó contra el sistema, pero no con atentados suicidas y guerras perdidas (como la de los celotas, el 36-70 EC) o ganadas (como la de Muhammad: 622-630 EC), sino con el mensaje de su propia vida, siendo asesinado.

– *Jesús ha fracasado en un plano socio-político*. No ha entrado en la tierra prometida (como Moisés), ni (en contra de Moisés) ha sacado a los hebreos de Egipto, sino que los ha de-

---

no-violencia activa, que es Padre y Reino. Muhammad, en cambio, quiso la victoria. La necesidad del triunfo le hizo emigrar a Medina y conquistar después La Meca, estableciendo la *sharía* o ley social para la 'Umma, pueblo de Dios. Muchas iglesias y naciones cristianas han seguido a Muhammad más que a Jesús.



jado solos, cargados con la impotencia de su gesto y el dolor de su muerte. Este fracaso de Jesús marca el límite de todos los intentos de transformación violenta o triunfadora del sistema. Pero éste es un fracaso-germen, como suponen las parábolas del Reino (grano de mostaza, grano de trigo, fermento en la masa...): a través de la muerte en amor se expresa el don más alto, la vida de Dios, la comunidad de los liberados. Por eso, los cristianos han podido ver en la cruz de Jesús el signo supremo de la fuerza creadora de Dios, en debilidad de amor.

– *Dios ha resucitado a Jesús sobre el sistema*, invirtiendo el proceso de expulsión y muerte de los sacerdotes de Jerusalén y los soldados de Roma. El mismo fracaso de Jesús viene a mostrarse así como victoria mesiánica, pues permite que Dios se revele como principio universal de salvación gratuita, en amor gozoso y comunión universal, por encima del sistema. Sobre la Cruz y en la Tumba vacía de Jesús se revela Dios como principio creador de vida en comunión, como aquel que reconcilia en forma no violenta a todos los humanos (cf. 2 Cor 5,11-21), abriendo un camino de reconciliación y unidad sobre el sistema. De este modo, Dios se muestra creador sobre la muerte (a través de la muerte generosa, al servicio de los otros).

– *Los discípulos encuentran un camino de unidad en el Espíritu*. La tradición judía supone que Moisés, antes de morir, había revelado a los judíos toda su Ley: no entró en la tierra prometida porque la llevaba dentro, como Ley nacional que puede vivirse en todas las diásporas del mundo. Los musulmanes saben que Muhammad había resuelto todos los problemas antes de morir: mientras él agonizaba en Medina (632 EC), la ‘Umma estaba bien formada, el Corán revelado y el ejército de fieles preparado para recibir la orden de salida, en la campaña decisiva de extensión del islam hacia Siria y el Imperio bizantino. Jesús, en cambio, murió sin haber resuelto nada, condenado en una cruz, como maldito, con sus discípulos y amigos dispersos, mientras el sol parecía esconderse por siempre (Mc 15,33). Los discípulos volvieron a Jesús y a su doctrina tras su muerte, en experiencia pascual que les ha vinculado hasta hoy, en forma de pacto eclesial.

Moisés legó a los judíos su Ley; Mahoma había establecido ya la 'Umma, con ejército y Corán. Jesús, desde la cruz, sólo dejó la riqueza de su vida fracasada por el Reino. Por eso, para mantener su recuerdo y retomar su obra, sus discípulos han tenido que apelar al Espíritu: Dios estaba allí en la muerte de su Cristo y Dios le ha resucitado. Pues bien, esos discípulos no son un *cuerpo unificado* ya desde el principio, con un orden superior y una obediencia que les traza un camino desde fuera. Al contrario, ellos constituían grupos distintos, que se vincularon por el recuerdo y la experiencia recreadora de Jesús, a quien descubren de diversas formas como vivo, el Viviente, en una serie de «apariciones pascuales» que Pablo ha narrado con palabra emocionada en 1 Cor 15,3-6 y que los evangelios han referido en formas convergentes. A Jesús le han «visto» muchos, tras la muerte: los *simpatizantes y amigos galileos* (que mantienen su mensaje de Reino), las *mujeres discípulas* (que van a la tumba y no lo encuentran), los *Doce elegidos* con Pedro (portadores de su tarea mesiánica), los *hermanos y familiares* (que esperan su próximo retorno en Jerusalén) y los *helenistas* (que en la misma Jerusalén descubren y formulan el sentido salvador de su muerte, para iniciar después una misión universal que asume Pablo).

Éstos son los grupos de la primera iglesia. Jesús no había dejado las cosas «bien atadas», como hará Muhammad, ni había codificado una Ley (como se cuenta de Moisés), sino todo lo contrario: fue ejecutado en plena tarea, como si las cosas no le hubieran salido bien, dejando en manos de Dios su «fracaso» creador (cf. Mc 15,34). Pero la tradición cristiana ha descubierto, perpleja y emocionada, que el mismo Dios (que le recibió en su plenitud, resucitado) asumió su obra por medio del Espíritu Santo, acompañando a los discípulos, de manera que ellos recrearon su camino y crearon su iglesia, en un camino de múltiples tanteos, que ratifican la unidad de los seguidores de Jesús, partiendo de sus propias diferencias. La novedad y, a mi juicio, la grandeza permanente de esta iglesia es que no nace de una Ley bien fija, ni de la voluntad imperativa de un líder triunfador (como

Muhammad), sino de la comunión de grupos distintos de seguidores, a quienes reúne, en medio de las diferencias, un mismo recuerdo (el mensaje-vida de Jesús), una nueva experiencia (está vivo, es el Viviente) y una vocación (la unidad de los creyentes). Los cristianos no tenían una norma propia (ni siquiera un evangelio único), ni un Derecho Canónico, ni una Ley, ni un mando unificado. Parecían condenados al fracaso. Pero contaban con algo superior: el poder de la presencia de Jesús, el deseo y riqueza de su comunión.

En el comienzo cristiano no hay una iglesia hecha, sino varias «comunidades» o grupos, que apelan a unos recuerdos y experiencias convergentes de diversidad y unión: los galileos (representados quizá en un documento Q), las mujeres amigas, los familiares de Jesús, con pretensiones mesiánicas (reunidos en Jerusalén, en torno a Santiago), los helenistas que expanden su recuerdo más allá del judaísmo (entre ellos está Pablo), los Doce, quizá a caballo entre Galilea y Jerusalén (entre ellos Pedro). Hay líderes eclesiales: María Magdalena y María la madre de Jesús, Santiago y Pablo, Pedro y los Zebedeos, el Discípulo amado... Podría parecer que este mosaico iba a diluirse pronto, arrollado por las olas de la historia judía y romana. Pero permaneció y creció, instituyéndose como unidad más alta, pacto de grupos distintos, desde el don de Dios, por la fuerza de Jesús, hasta formar la Gran Iglesia (a finales del siglo II EC, con la canonización del Nuevo Testamento). Éste ha sido y sigue siendo para los cristianos el modelo básico de *comunicación*, que sigue estando en la base de las construcciones y modelos posteriores de la iglesia. Por eso, en tiempos de crisis como el nuestro, en momentos de ruptura y amenaza del sistema (que parece enloquecerse, destruyéndose a sí mismo, con heridas de muerte, atentados suicidas y ruinas económicas), tenemos que volver al modelo de pacto de la primera iglesia<sup>43</sup>.

---

<sup>43</sup> Las reflexiones anteriores asumen lo que he dicho en *Sistema, libertad, Iglesia*, Trotta, Madrid 2001. Cf. también F. Vouga, *Los primeros pasos del cristianismo*, EVD, Estella 2001; M. Sawicki, *Seeing the Lord. Resurrection and Early Christian Practices*, Fortress, Minneapolis 1994; M. Deneken, *La Foi Pascale*, Cerf, París 1997.

#### 4. Muhammad, profeta triunfador, revelación del Corán<sup>44</sup>

Supo lo que hacía, dejó las cosas bien resueltas a su muerte. Su movimiento, con trasfondo de judaísmo y cristianismo, se abre desde La Meca, su ciudad, al mundo entero.

##### *a) Vocación y experiencia básica. Opción por los pobres*

Muhammad se sintió enviado (*Rasul*) y profeta (*Nabi*) de Dios para La Meca, en cuyo entorno se alzaba el Cubo, Caaba, santuario de peregrinación controlado por ricos mercaderes que habían instaurado su burguesía comercial a costa de los pobres. Los tiempos estaban maduros y Muhammad, testigo de las religiones del tiempo (judíos y cristianos), se sintió llamado a iniciar un movimiento religioso. Éstos son los motivos principales de su propuesta:

– *Monoteísmo*. Frente a los dioses que avalan la opresión e injusticia del sistema, Muhammad ha proclamado la justicia de Allah, Dios universal contra el que pecan los *asociadores*, que ponen a su lado otros poderes divinos (cf. Corán 29, 64). Dios es Uno y se basta a sí mismo; no tiene familia ni hijos (cf. Corán 39, 3-4) y está por encima de todos los signos sexuales. Por eso, ha rechazado las tres *diosas* que muchos veneraban en la Caaba (*Al-Lat*, *Al-Uza* y *Manat*) como providencia divina femenina<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> Hemos citado ya (sobre todo en nota 1) algunos trabajos básicos sobre Muhammad, su visión religiosa y su obra (especialmente desde un punto de vista cristiano). Cf. además R. Bell y W. M. Watt, *Introducción al Corán*, Encuentro, Madrid 1988; R. Caspar, *Para una visión cristiana del islam*, Sal Terrae, Santander 1990; H. Küng, (ed.), *El cristianismo y las grandes religiones*, Cristiandad, Madrid 1987; M. Masson, *Monothéisme coranique et monothéisme biblique*, DDB, París 1976; S. H. Nasr, *Vida y pensamiento en el islam*, Herder, Barcelona 1985.

<sup>45</sup> Estas diosas son el tema de los famosos *versos satánicos* (Corán 53, 19-21), discutidos desde antiguo por los musulmanes. Sobre ellos ha fundado S. Rushie su novela *Versos Satánicos*, Santiago de Chile, 1989.

– *Opción por los pobres.* Empezó siendo *profeta social*, proclamando un mensaje de justicia que le enfrenta con los oligarcas de La Meca, en la línea de los inspirados de Israel (Amós, Miqueas) y, de un modo especial, de Moisés (liberador de los hebreos) y Jesús (mesías de enfermos y excluidos). Emigración (Hégira) y Guerra santa estarán así no sólo al servicio de la fe (monoteísmo), sino también de la justicia social, que se expresa en el *zakat* o impuesto en favor de los creyentes.

– *Juicio.* Anunció la «decisión» de Dios, que, siendo misericordioso y bueno, es justo: no puede tolerar la opresión de los pobres. Se situó cerca de Jesús, que buscaba también la concordia universal ante el Juicio de Dios. Pero Jesús reinterpretó ese juicio como gracia-salvación y sus discípulos pensaron que esa salvación se había cumplido en su muerte. Muhammad, en cambio, lo entendió en línea de justicia, como sanción y cumplimiento del orden de Dios sobre el conjunto de la humanidad.

En principio, no quiso crear una nueva religión, sino actualizar el mensaje de los profetas anteriores, judíos y cristianos (y monoteístas árabes: *hanif*). Como profeta-apóstol de Dios y agente de cambio social, actuó en su ciudad (613 al 622 EC). Era, sin duda, un *extático*: veía signos, oía voces, escuchaba palabras de dentro (de Dios) y las proclamaba al pueblo. Fueron y son muchos los que se han sentido inspirados, escuchando palabras que luego proclaman, como si el mismo Dios les dictara su mensaje. Algunos son enfermizos, otros muy normales: ven y escuchan signos y voces imperceptibles para otros. Unos pocos son geniales: descubren y anuncian una palabra, que llega certera y cambia el ritmo de la historia. Entre éstos se encuentra Muhammad, el más famoso <sup>46</sup>, que empezó «escuchando» la exigencia de *proclamar*

---

<sup>46</sup> Mahoma fue un genio carismático. No dedujo sus palabras por razones, sino que escuchó la voz de Dios (a través del Espíritu-Gabriel) y se dejó cambiar por ella, cambiando la vida de sus seguidores, la historia de su entorno y, después, de medio mundo. No ha sido repetidor, sino vidente, testigo de la alteridad (trascendencia) radical de Dios, defensor de los pobres. No ha sido halagador, pero sí oportuno: dijo las cosas que muchos estaban dispuestos a escucharle.

la Palabra: «Recita en el Nombre de tu Señor, Que ha creado al hombre de sangre coagulada» (Corán 96, 1-2). Dios mismo le llamó:

¡Tú, *el envuelto en el manto!* ¡Levántate y advierte!

A tu Señor, ensálzale.

Tu ropa, purifica. La abominación, huye de ella.

No des esperando recibir más.

La decisión de tu Señor espérala paciente.

Cuando suene la trompeta,

será entonces un día difícil, para los infieles nada fácil (74, 1-10)<sup>47</sup>.

Así aparece *envuelto en manto*, en contemplación interior, cultivando su sed religiosa. Dios se le muestra Ensalzado y le pide que se purifique, limpie su ropa y evite toda suciedad. Otros profetas antiguos, como Isaías (Is 6,5-7), debieron purificarse; Moisés se descalzó ante Dios (cf. Éx 3,5). También Muhammad se descubre como impuro<sup>48</sup>, pero Dios le confía un mensaje que él debe ofrecer gratuitamente, en medio de su ciudad de caravanas y comerciantes (cf. Corán 106):

¡Por la luz mañanera, por la noche en calma!

Tu Señor no te abandona ni aborrece.

La otra vida será para ti mejor que ésta:

tu Señor te dará y quedarás satisfecho.

¿No te halló huérfano y te recogió?

¿No te encontró extraviado y te dirigió?

¿No te encontró pobre y te enriqueció? Por eso: no abuses del pobre, ni ahuyentes al mendigo,

y habla del favor que tu Señor te ha dado (93, 1-11).

Esta *sura* autobiográfica recuerda la exigencia israelita de ayudar a huérfanos, viudas y extranjeros<sup>49</sup>. Muhammad no incluye a las viudas (que serán ayudadas de otra forma), pero sí a los

<sup>47</sup> Sigo a J. Cortés, *El Corán*, Nacional, Madrid 1979 (= Herder, Barcelona 1996). Cf. J. Vernet, *El Corán*, Planeta, Barcelona 1996. Versión oficial musulmana: *El Corán. Traducción comentada*, Kutubia, Granada 1994.

<sup>48</sup> Jesús, en cambio, no tuvo conciencia de pecado, sino que se sintió limpio ante Dios, en actitud filial de gratuidad. Desde ese fondo ha de entenderse el hecho de que su mensaje, en contra del de Muhammad, haya superado el juicio por el pecado y pueda definirse en claves de entrega transparente de la vida.

<sup>49</sup> He comentado los textos básicos en *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella 1996, 214-219.

huérfanos, perdidos (extranjeros) y pobres, que expresan la ruptura social que divide la rica sociedad mecana. A favor de ellos inicia su camino, fiel a Dios y poniendo su vida al servicio de los rechazados de la sociedad. Siguiendo en la línea de Moisés (liberador de los hebreos) y Jesús (mesías de los enfermos), vinculó confesión teológica (fe en Dios) y servicio a los necesitados:

¿Qué te parece el que desmiente el Juicio?  
Es el mismo que desprecia al huérfano  
y no anima a dar de comer al pobre.  
Ay de quienes oran... para ser vistos y niegan la ayuda (107, 1-7).  
Ay de todo el que difama y critica,  
que amasa su hacienda y la cuenta sin cesar,  
pensando que ella le hará inmortal.  
Pero no; será arrojado a la *Hutama* (infierno) (104, 1-7).

Dios es protector de huérfanos y pobres. Por eso, rechazarles significa despreciar y rechazar al mismo Dios. La ansiedad por el dinero, vinculada al engaño, es negación práctica de Dios. Implícitamente, Muhammad contrapone Dios inmortal y dinero de muerte, poder de pecado que lleva al infierno como hizo Jesús (cf. Mt 5,24). En este contexto ha situado Muhammad su visión del juicio, que expresa la verdad de Dios que se despliega de forma inexorable sobre la mentira de los hombres que edifican su vida sobre prepotencia, ocultación y orgullo:

¡La calamidad! ¿Qué es la calamidad?  
¿Cómo sabrás que es la calamidad?  
El día en que los hombres parezcan mariposas dispersas  
y los montes copos de lana cardada.  
Entonces el autor de obras de peso gozará de una vida agradable  
mientras que el autor de obras ligeras  
tendrá un abismo por morada (101, 1-9).  
Quien dé con franqueza y tema a Dios... llegará a la mayor felicidad.  
Pero a quien es avaro, cree bastarse a sí mismo  
y desmiente lo más Bello;  
le llevaremos a la mayor adversidad y de nada le servirá su hacienda...  
No sufrirá el fuego llameante quien da su hacienda para purificarse  
y no haga favores para ser retribuido,  
sino que sólo quiera agradecer al Señor (92, 5-11.18-20).

*Hombres de peso* son aquellos que dan y comparten; *ligeros*, quienes sólo buscan la riqueza. Este pasaje nos permite superar un legalismo sacral del Dios-Juez que parece dominar en

algunas lecturas del islam. Muhammad aparece así como testigo y portador de gracia. Aquí no hallamos las metáforas guerreras o patriarcalistas de algunas *suras* posteriores que ofrecen un cielo de signos sexuales (huríes de ojos bellos) para los soldados caídos en batalla. En esta raíz del Corán, el cielo es don de gracia y belleza ofrecido a quienes saben compartir en gratitud sus bienes, ayudando a los pobres (cf. 103, 2-3), como parece indicar la experiencia personal de los primeros años de Muhammad. Ciertamente, él no ha sido un místico metódicamente dedicado a la contemplación, en la línea de los maestros orientales (de hinduismo o budismo), sino un vidente y profeta de Dios, como Moisés, Isaías y Jeremías (cf. Éx 3-4; Is 6; Jer 1), Jesús y Pablo (cf. Mc 1,9-11; 2 Cor 11). Ha visto a Dios en el confín, y así lo dice:

¡Por el astro cuando desaparece!  
 Vuestro paisano no se extravía ni engaña.  
 No habla por propio impulso,  
 sino por revelación inspirada, que le ha enseñado  
 el muy Poderoso, Fuerte y Majestuoso,  
 que estaba en lo más alto del horizonte,  
 y luego se acercó, y quedó suspendido en el aire,  
 como a dos tiros de arco o menos.  
 Reveló a su siervo lo que reveló, no mintió su corazón en lo que vio...  
 Ya lo había visto descender en otra ocasión,  
 junto al azufaifo del confín,  
 que está al lado del jardín de la Morada,  
 cuando el azufaifo estaba cubierto por aquello.  
 No desvió la mirada, y no entró.  
 Y vio algunos de los mayores signos de Dios (53, 1-179).

Dios mismo (quizá por Gabriel, su Espíritu fuerte) se le muestra visible, junto al *azufaifo* (árbol pequeño, de dura madera, propio de zonas semi-desérticas) *del jardín de la Morada*, que parece aludir a la Caaba, en cuyo entorno ha descubierto Muhammad la Presencia (Dios)<sup>50</sup>. Así ha «visto» y

---

<sup>50</sup> Puede referirse también al Árbol de vida del jardín celeste y al Templo supremo del paraíso. Ambas interpretaciones se vinculan, como en Isaías cuando ve a Dios en su templo celeste, mientras mira el santuario de Jerusalén (Is 6,1-6). La referencia al *azufaifo cubierto* (de Dios o de fuego) puede estar vinculada a la zarza ardiente de Moisés (Éx 3).



contado el misterio. No demuestra ni argumenta, cuenta su experiencia carismática<sup>51</sup>.

b) *Muhammad y Jesús. Misión musulmana, la Hégira*

Muhammad asume expresamente la herencia de Abrahán y se presenta como nuevo Moisés. Pero, en la línea de mi exposición, quiero situar su figura en el trasfondo de Jesús, con quien también se ha comparado, para vincular y distinguir sus trayectorias proféticas. Muhammad ama a Jesús y le atribuye títulos y gestos muy significativos, pero deja en silencio otros que son importantes para los cristianos. Así, ha recogido de un modo especial los pasajes de la *leyenda* de Jesús, transmitida por apócrifos judeo-cristianos (*Evangelio de Santiago, Infancia del Salvador, Pseudo-Mateo*). Es evidente que conoce textos y/o tradiciones de iglesias cristianas y que acepta de buen ánimo la misión profética de Jesús, cuyo nacimiento entiende como signo de providencia<sup>52</sup>:

– *Jesús es el hijo de María*, elegida por Dios como madre-virgen. Por eso se le dice «Te ha escogido y purificado. Te ha escogido entre todas las mujeres del universo» (Corán 3, 42). Dios expresa por ella su más honda potencia creadora. Por eso, el sometimiento de María a la acción del Espíritu de Dios y el nacimiento de Jesús son signos de providencia divina (Corán 3, 33-37).

---

<sup>51</sup> En este contexto podemos situar la *sura* del *viaje nocturno*: «Gloria a Aquel que hizo viajar a su siervo de noche, de la Mezquita Sagrada a la Mezquita Lejana cuyos alrededores bendijimos, para mostrarle parte de nuestros signos. Él es quien todo lo oye y lo ve» (17, 1). Este viaje evoca una visión extática. Muhammad se hallaba orando junto a la *Mezquita Sagrada*, en La Meca, mientras Dios le llevó en espíritu a la *Mezquita Lejana* o Templo de Jerusalén en ruinas, que Muhammad pudo «ver» en la forma antigua, previa a la destrucción, o en la que tendrá al fin de los tiempos (en transposición temporal, conocida por otros videntes y profetas). Este *viaje nocturno* se ha vuelto después paradigma de las experiencias místicas de los maestros musulmanes, como en el famoso libro titulado *Escala de Mahoma*.

<sup>52</sup> Cf. E. Galindo (ed.), *Musulmanes y cristianos: «¿Quién decís que soy yo?»*, CRISLAM, Madrid 1997. Las reflexiones que siguen recogen aspectos de mi estudio «Jesús y Mahoma. Mesías sufriente, profeta victorioso», *Ibid.*, 171-192.

– *María Virgen generó a Jesús*, como la tierra primera a Adán. Así se expresa la acción de Dios (por Gabriel, gran ángel) y la obediencia sumisa de María, que acoge su palabra, siendo verdadera musulmana (como Muhammad, que recibió el Corán del mismo Gabriel). La concepción y nacimiento virginal de Jesús deberían haber servido de prueba para los judíos, pero ellos no creyeron (3, 42-48; 19, 16-26).

– *Jesús-niño defendió la virginidad de su madre, proclamando la grandeza de Dios*, y actuó después como su enviado, realizando milagros y anunciando el Evangelio para los judíos. El Corán ha dado mucha importancia al Jesús niño, a quien presenta como portador de un mensaje de Dios: sabe sin aprender, hace milagros antes de haber crecido, actuando como signo para los judíos (3, 49-53; 19, 27-36).

– *Jesús-adulto ha sido realizador de milagros y profeta del Evangelio para los judíos*: curó a ciegos y leprosos, resucitó a muertos, ofreció pan a los hambrientos, etc. Pero su persona en cuanto tal era secundaria. Sólo importa Dios, que actúa por Jesús, realizando sus milagros, para convertir a los judíos (cf. 5, 110-111), pero éstos no le aceptaron, sino que quisieron matarle. Éste Jesús rechazado es paradigma para Muhammad, también rechazado por los judíos de Medina. Pero Muhammad triunfó, instaurando la comunidad de sometidos; Jesús, en cambio, no pudo hacerlo; en el fondo ha fracasado.

Para Muhammad Jesús es Siervo de Dios (*Abd Allâh*: 5, 72; 19, 30). Ciertamente le llama *Nabî*, profeta, y *Rasûl*, enviado de *Allâh* (cf. 4, 171; 19, 30), y puede presentarle incluso como Espíritu y Palabra (*Rûh* y *Kalima*) que vienen de Dios (cf. 3, 45; 5, 171)<sup>53</sup>. Pero no le ha separado, ni le ha da-

---

<sup>53</sup> Estos apelativos, vinculados a su concepción virginal (nace del Espíritu-Gabriel por María: cf. 2, 87.252; 5, 110; 16, 2.102; etc.) y a su anuncio de Evangelio, hacen que algunos piensen que Jesús es casi divino para Muhammad. Cf. R. C. Zaehner, *Inde, Israël, Islam*, DDB, Brujas 1965, 305-333; G. Rizzardi, *Il problema della Cristologia Coranica*, Propaganda, Milán 1982. Ciertamente, Muhammad le vio como un personaje clave, expresión humana del «Espíritu» divino (cf. 16, 29; 32, 9; 38, 72), nuevo Adán, comienzo de una nueva creación (3, 59-68), pero nunca como Dios.

do autonomía religiosa, ni permite valorarle en sí, pues sólo importa en verdad Dios trascendente. Por eso, cuanto más acentúe la grandeza de Jesús menos destaca su identidad y persona humana: sólo Dios es grande, no Jesús, hombre en quien sólo actúa la Palabra y Espíritu divino. Lógicamente, el Jesús del Corán ha negado las confesiones que le hacen divino, persona trinitaria: no es Hijo a quien Dios ha engendrado (de forma biológico-sexual), al interior de una Trinidad de Padre-Dios, Madre-María e Hijo-Jesucristo (cf. 4, 171-172; 5, 72-75.116-117; 19, 88-94; 112)<sup>54</sup>.

Tras llamar a ese Jesús, que fue gran profeta de Dios para los judíos, pero que no pudo culminar su misión, porque ellos quisieron matarle y él tuvo que esconderse (siendo liberado de la muerte), Dios le ha llamado a él, Muhammad, para anunciar su Palabra más honda y triunfadora, en lengua árabe, para todos los humanos. Desde aquí se entiende su misión que vincula un mensaje de Palabra (Corán) y una campaña militar que culmina en el establecimiento de la *'Umma* o comunidad de liberados en La Meca. Él ha cumplido y superado de esa forma el Evangelio de Jesús<sup>55</sup>.

---

<sup>54</sup> Es evidente que Muhammad, defensor apasionado de la diferencia y distinción de Dios, negara la esencia divina de Jesús y su pertenencia trinitaria. Por eso, aunque en un determinado nivel filológico (análisis de tradiciones y terminología del Corán) haya que seguir estudiando los textos evocados, el tema clave del diálogo cristiano con Muhammad (y el judaísmo) se sitúa en el plano de la misión y tarea profética. Para muchos cristianos actuales, los aspectos milagrosos del nacimiento e infancia, en sentido literal, resultan secundarios e incluso contraproducentes: no son base de la fe, ni tienen carácter salvador, sino que sirven para confesar simbólicamente el origen divino de Jesús, de un modo que, en algún sentido, puede aplicarse a todos los creyentes: los que aceptan a Jesús (y en el fondo todos los humanos) superan por concepción y nacimiento el plano de la carne-sangre, sin negarla, de manera que, en un nivel profundo, nacen de Dios (cf. Jn 1,13), conforme a la experiencia más profunda de creatividad que seguiremos evocando. Tampoco la controversia trinitaria (generación eterna de Jesús o «número» divino de personas) resulta básica para esos cristianos, pues sólo puede plantearse y entenderse sobre el fundamento de una fe evangélica ya firme y no en la forma en que la situaba Muhammad.

<sup>55</sup> Muhammad pensó que él era el profeta final que Jesús había anunciado (cf. Corán 61, 6). A pesar de sus milagros y grandeza, Jesús no pudo establecer la comunidad final de los creyentes, pues sus discípulos siguieron enfrentados; su mismo Evangelio o Inyil ha sido adulterado. Muhammad, en cambio, pudo hacerlo,

Desde su primera llamada hasta su muerte (613-632 EC), la historia de Muhammad y su movimiento ha estado modelada por las «voces» de Dios que él ha escuchado, como dictadas por un ángel interior (Gabriel) o por el mismo Poder de lo divino. Humanamente hablando, hubo un *feedback*: las palabras de Muhammad suscitaban reacciones (de acogida o rechazo) y estas, a su vez, nuevas visiones, en diálogo constante, tanto de polémica (contra los incrédulos paganos de La Meca y los judíos de Medina), como de iluminación para sus discípulos. Es normal que los círculos pudientes de La Meca le denunciaran. Algunos, como *Jadicha*, su esposa, y *Abu-Talib*, su tío, jefe del clan familiar, le habían aceptado y fueron aprendiendo de memoria sus oráculos. Pero murieron (619 EC) y Muhammad perdió apoyo y empezó a ser perseguido: los clanes más fuertes de la ciudad le acusaron de revolucionario y perturbador religioso. Amenazado de muerte, envió a una parte de sus seguidores hacia el sur y oeste (Yemen y Etiopía) para que se cobijaran por un tiempo entre amigos (paganos o cristianos) y emigró con otros a la ciudad-oasis de *Yatrib* (Medina, Ciudad del profeta) con cuyos habitantes mantenía buenas relaciones, (*Hégira*, *Hijra* o Gran Ruptura: 622 EC, principio de la Era Musulmana). Desde aquí se entiende su novedad frente a Moisés y Jesús.

– *Moisés* rompió con Egipto, superando la opresión del Faraón, en *Éxodo* arriesgado (económico, social y cultural), sin armas o soldados. Suscitó así un pueblo liberado, que no debía ya volver a Egipto (ni conquistar el mundo), sino entrar en la tierra prometida (Palestina), como nación emancipada (elegida), en actitud de escucha directa de Dios, cumpliendo su Ley, en contra o por encima del sistema dominante.

– *Jesús* superó el orden sacral del templo, con sus normas de pureza y sus códigos sociales elitistas; pero, en vez de salir

---

culminando su tarea con la conquista de La Meca, a la que seguirá la sumisión del mundo entero. Por eso es sello de la profecía. Es claro que, tras quince siglos de historia musulmana, la propuesta de Muhammad no ha logrado tampoco imponerse e incluso ha podido presentarse a veces como causa de nuevas disensiones para los monoteístas.

de la tierra, entró en Jerusalén y mantuvo su mensaje social y religioso, sin defensa armada, dejándose matar por su proyecto de Reino (cf. Lc 9,31). Pero, con la ayuda y respuesta de su Dios, Padre amoroso y creador, sus discípulos crearon unas comunidades vinculadas en amor y experiencia pascual.

– *Muhammad* pensó que la obra de Dios debe triunfar y sus creyentes extenderse. Animado por esa certeza, en hábil táctica social y militar, abandonó la Ciudad corrompida, para crear una comunidad de sometidos a Dios. Rompió así con el sistema sagrado de la vieja Meca, ciudad de comerciantes idólatras e injustos, no para crear un pueblo separado de elegidos (judaísmo) ni para buscar la gratuidad universal (cristianismo), sino la *comunidad concreta* de los sometidos a Dios, abiertos a todas las naciones.

Sufrimiento y fracaso fueron para Muhammad una prueba temporal, momento pasajero en el camino de Dios que ha de abrirse pronto a todo el mundo. Tiempo de prueba (pasión de unos años) fue la Hégira (622-630 EC), ruptura con La Meca y establecimiento de la *'Umma* de fieles sometidos a Dios, en justicia y fraternidad. Jesús había fracasado y Dios tuvo que librarle luego (bajándole de la cruz o subiéndole de ella al cielo) sin que hubiera acabado su tarea, ni creado la comunión perfecta y duradera de los sometidos musulmanes. Muhammad, en cambio, triunfó. Su exilio en Medina duró sólo ocho años, que fueron fecundos y necesarios para culminar la obra de Dios, donde se vincula su revelación (Corán) y el surgimiento del nuevo y duradero pueblo liberado. Eso significa que la Hégira o ruptura con el paganismo antiguo permanece y dura todavía, como principio del tiempo de los sometidos a Dios<sup>56</sup>. *Moisés* había muerto a las puertas de la tierra prometida, tras revelar toda su Ley (Dt 34). *Jesús* murió crucificado, fuera de Jerusalén, dejando sólo un ger-

---

<sup>56</sup> Muhammad fue recibiendo revelaciones de Dios, para codificarlas en un Libro de Recitación (= Corán), fijado tras su muerte. Las revelaciones tardías de Medina fueron más extensas y sirvieron para ir asentando las bases de su *'Umma* o comunidad universal de sometido, establecida tras la conquista de La Meca (año 630).

men de pascua. *Muhammad*, en cambio, falleció tras haber cumplido su tarea, tras haber conquistado La Meca y haber creado la *‘Umma*, abierta a todo el mundo (632 EC).

– *‘Umma, pueblo de musulmanes*. Muhammad superó muchos vínculos tribales e injusticias económicas, para suscitar una comunidad religiosa, militar y cultural donde los creyentes se vinculan por fe y no por motivos de origen social o de raza, estableciendo lazos de profunda solidaridad humana. Al principio, la mayoría de los musulmanes fueron árabes; pero la *Hégira* les hizo nacer otra vez, suscitando una comunidad fundada en el sometimiento universal a Dios. Ellos, emigrantes rechazados, perseguidos, se hicieron comunión universal, abierta a todos los humanos.

– *‘Umma, estado sacral*. Al principio, los seguidores de Muhammad eran minoría dentro de Medina, pero pronto consiguieron el control de la ciudad, creando un estado de creyentes, prototipo y modelo de los posteriores. Convencido de la verdad y santidad de su doctrina, Muhammad utilizó el poder para expandirla y expulsó o mató, en nombre de Dios, a muchos antagonistas, especialmente judíos. A pesar de ello, la base de su expansión no fue la guerra, sino el convencimiento religioso.

– *‘Umma, independiente de judíos (y cristianos)*. Los judíos de Medina no aceptaron su misión, ni reconocieron su doctrina. Muhammad les siguió vinculando al Libro (del único Dios), pero añadió que habían pervertido su fe antigua (que era el mismo islam). Por eso, viendo que formaban un peligro para los sometidos, tuvo que matar a muchos de ellos. Desde entonces, dejó de tomar a Jerusalén como signo de Dios y lugar de dirección de la plegaria (*Al-Qibla*), que desde ahora se hará dirigiéndose a La Meca, con su Santuario (Caaba) y su Piedra Santa, recuerdo de Abrahán, padre de los fieles y primero de los sometidos<sup>57</sup>.

---

<sup>57</sup> En contra de Jesús, que anuncia el fin del Templo de Jerusalén, Muhammad reafirma el carácter sacral de la Caaba, pero no como templo especial de unos dioses, sino como Adoratorio de todas las naciones (cf. Mc 11,17).

– *‘Umma, comunidad de musulmanes guerreros.* Una y otra vez atacaron a Muhammad y a los suyos los *soldados-comerciantes* de La Meca; una y otra vez se defendieron los *soldados-fieles* de Muhammad, que va ampliando mientras tanto sus vínculos de unión social y religiosa con otras tribus y grupos del entorno. Su nuevo modelo socio-religioso resulta coherente y va extendiéndose con rapidez: es como si de pronto los grupos tribales dispersos de Arabia, antes perdidos en el tiempo, despertaran para unirse en identidad creyente. El 630 EC, Muhammad conquistó La Meca, perdonó a muchos adversarios, purificó la Caaba e instauró en su ciudad, santificada por Abrahán, el islamismo. Poco después (632 EC) pudo morir. Su obra personal había terminado; empezaba la historia del islam<sup>58</sup>.

c) *Monoteísmo islámico, ¿misión o guerra santa?*

1. *Islam. Dios es todo.* A los pocos años de morir Muhammad, sus seguidores habían conquistado el sur y oriente del Imperio bizantino (Egipto, Siria) y el estado sasánida de Persia. Algunos decenios más tarde la *‘Umma* se extendía del Pirineo al Himalaya, al filo de la espada, en rápidas campañas de Guerra Santa (*Yihad*) en las que influyó también su nueva propuesta religiosa de sometimiento radical a Dios, capaz de unificar y ofrecer una experiencia creyente a millones de hombres y mujeres antes dispersos en grupos menores, sin mística social ni arraigo religioso. El islam penetró no sólo en territorios antes paganos de África y Asia, sino también en países de cultura y religión cristiana, zoroastrista, budista e hindú, desde España, por el norte de África y Asia Menor hasta la India. Muchos cristianos se hallaban divididos (nesorianos, monofisitas, arrianos...), bajo autoridades poco eficientes o corrompidas. Es normal que recibieran a los mu-

---

<sup>58</sup> Una tradición misteriosa (cf. Corán 44, 1; 97, 1) supone que Muhammad voló a Jerusalén en experiencia de misterio, para descubrir la verdad radical de su mensaje, conectando con las revelaciones anteriores. Dios le había ofrecido la tarea de revelar su Palabra y establecer la *‘Umma*. Muhammad la cumplió.

sulmanes como liberadores. La nueva religión ejerció gran atractivo sobre millones de personas, a las que ofrecía una seguridad divina que no les daba el cristianismo<sup>59</sup>.

– *El cristianismo es, en principio, universal y pacifista*, contrario a toda guerra santa. La iglesia es comunidad de creyentes que expanden su fe y comunión por la palabra y testimonio de vida, sin poder coactivo. Por eso ella no puede volverse estado (tendencia musulmana) ni nación aislada (tendencia judía).

– *El islam es combativo*. Cree que la verdad de Dios y la comunidad creyente puede y debe resguardarse y expandirse con esfuerzo, pues Dios así lo quiere, y él importa más que toda decisión y libertad humana. No desemboca en una iglesia, como el cristianismo, ni en una comunidad monástica (como la *shanga* budista), sino en una sociedad total o pueblo donde se vincula lo civil y lo religioso, lo sacral y lo profano<sup>60</sup>.

Ciertamente, algunos musulmanes han tendido a crear un espiritualismo solitario (*sufismo*), pero en sí el islam es una *mística total* que vincula individuo y sociedad, vida interior y exterior, religión y política, haciendo que el hombre se someta de un modo radical a Dios. Más que espiritualidad intimista, es un sistema unitario de sometimiento teológico y pa-

---

<sup>59</sup> A. de Pieris supone que sólo puede haber «conversiones masivas» de una religión cósmica a una meta-cósmica, no de una meta-cósmica a otra del mismo tipo (budismo, cristianismo o islam); cf. Íd., *Love metes Wisdom. A Christian Experience of Buddhism*, Orbis, Nueva York 1988; *El rostro asiático de Cristo*, Sígueme, Salamanca 1991; *Liberación, inculturación y diálogo religioso*, EVD, Estella 2001. Aceptando básicamente ese juicio, debo añadir que, sobre todo en los primeros siglos de su historia, hubo conversiones masivas de cristianos al islam.

<sup>60</sup> J. F. Burke, «La dimensión interreligiosa. Una ética mundial de la paz»: *Concilium* 2/57 (2000) 333-335, ha recordado que *yihad*, guerra santa, significa *fuerza sagrada*, vencimiento interior y búsqueda conjunta de aquellas condiciones de vida que más favorecen al conjunto de los fieles. No implica la guerra, sino el esfuerzo personal y la *pacificación social*, que se consigue superando el egoísmo. Sólo para defensa de los pobres y la religión, podrán emprenderse campañas militares, como hizo Muhammad. Cf. J. Kelsay, *Islam and War. A Study in Comparative Ethics*, Louisville KY 1993. G. Kepel, *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Madrid 2001, supone que el islam ha perdido básicamente su atractivo político, de manera que ha dejado de ser un factor de riesgo básico para el mundo occidental.



cificación social, bajo el poder absoluto de Dios y su Palabra. 1. *El islam es religión profana, no tiene sacerdotes*, ni clero, ni culto sacral separado, sino la confesión de fe y la sumisión a Dios, sin misterios separados, porque en ella todo es misterioso: presencia abismal de lo divino. 2. *El islam carece de rituales porque todo es rito*, cumplimiento de la voluntad de Dios. La vida entera (familia y estado, economía y sentimiento) es presencia de Dios, de manera que en ella no existe nada que sea secular, en sentido occidental moderno. 3. *El islam es tarea humana y misterio religioso*. Nace de la inminencia del juicio, que se expresa en el sometimiento a Dios y a sus mandatos sobre el mundo<sup>61</sup>. Desde ese fondo podemos destacar ya en su conjunto la aportación social de las tres religiones que han modelado y definido gran parte de la historia de occidente.

– *Judaísmo: nación particular*. El Am o Pueblo elegido lo forman aquellos que, tras la destrucción del Templo (70 EC), se comprometieron a cumplir la Ley nacional, como federación de sinagogas. En principio, renuncian a imponerse o defenderse por armas (a excepción de algunos sionistas posteriores): no quieren cambiar el orden mundial, ni expandir su vocación y ley por fuerza, sino permanecer (mantenerse) como nación de testigos, fieles a su elección hasta que lleguen al final la pacificación completa (*shalom*).

– *Iglesia: comunidad supranacional de creyentes mesiánicos*. Los cristianos piensan que el viejo Israel nacional ha cumplido su función, pues el Mesías-Jesús ha llamado y vincula a todos los pueblos. Esta nueva comunión no puede conseguirse por violencia, ni cerrarse en un pueblo compacto (sagrado). Mientras siga el mundo siguen las naciones, tienen su valor los pueblos. Los cristianos no quieren tomar el poder o crear un imperio mundial, pero crean la iglesia como espacio de comunicación gratuita para todos los humanos.

---

<sup>61</sup> El islam ofrece a sus creyentes una gran certeza, pero posiblemente le falta la hondura pacífica del profetismo judío (renuncia a la defensa militar) o del mesianismo cristiano de la cruz (entrega por los otros). Los musulmanes tienden a creer que la voluntad de Dios puede cumplirse aquí y ahora, en una vida social regulada por el Corán.

– *‘Umma: comunidad universal de sometidos a Dios.* El islam es como un judaísmo universal (simplificado, reducido a lo esencial), sin utopía profética<sup>62</sup>. Así ha podido expandirse entre diversas naciones, ofreciendo a los hombres una fuerte experiencia de sometimiento a Dios. Por ahora se ha expandido sobre todo en grupos donde el mismo islam configura políticamente las relaciones sociales. Esa situación cambiará en el futuro, suscitando un islam liberado del dominio político, capaz de expresar su más honda experiencia de Dios<sup>63</sup>.

2. *Guerra santa.* Muhammad suscitó gran entusiasmo al crear una comunidad que podía ser universal. No apareció como Hijo de Dios, pero sí como guía y modelo verdadero para aquellos que acogen su mensaje. De esa forma, sus años de intenso comienzo y su ruptura posterior (Hégira), que implicaba un tipo de Guerra Santa, hasta la conquista de La Meca y la instauración del nuevo orden social y religioso, en torno al santuario ya purificado (Caaba), se hicieron parábola o modelo para la historia musulmana. El islam es religión de un *creyente-guerrero* que supo emigrar en la persecución, iniciando en Medina el estado musulmán para instaurarlo en La Meca. En esa línea se entiende la *yihad* o *guerra santa* como esfuerzo de expansión y transformación creyente, que se expresa por el vencimiento personal y la búsqueda conjunta de una sociedad pacificada. Para lograr ese objetivo, en caso de necesidad, los musulmanes pueden y deben acudir a la coacción social e incluso a la guerra, en defensa de su identidad y para ayudar a los perseguidos, promoviendo el orden de Dios sobre la tierra. Un tipo de coacción y fuerza pertenecen a la vida del creyente<sup>64</sup>.

---

<sup>62</sup> J. van Ess y H. Küng, *El cristianismo y las grandes religiones*, Cristiandad, Madrid 1987, 21-176, vinculan islam y judeocristianismo.

<sup>63</sup> Sus leyes han unido a los creyentes bajo un orden de Dios que parece inmutable. Cuando ese orden social exterior desaparezca (con la secularización), el islam tendrá que mostrar (y mostrará) su más honda capacidad comunitaria.

<sup>64</sup> Los que escuchan al profeta no sólo acogen su mensaje (Corán), sino que han de seguir su ejemplo, dispuestos a «conquistar» el mundo, no para dominarlo de forma arbitraria, sino para ofrecer allí la verdad de Dios. Los musulmanes no han sido en general más violentos que otros pueblos, ni han colonizado el mundo como hicieron las potencias «cristianas» de occidente (España y Portugal, Francia e

¿Por qué no queréis combatir  
por Allah y los oprimidos (hombres, mujeres y niños) que dicen:  
Señor, sácanos de esta Ciudad de impíos habitantes;  
danos un amigo designado por ti?  
Quienes creen, combaten por Allah.  
Quienes no creen, combaten por los demonios.  
Combatid, pues, contra los amigos del Demonio... (4, 75-76).

Muhammad arenga así, en nombre de Dios, a los guerreros del islam, que forman la comunidad de liberados de Medina (entre el 622 y 630 EC). Luchan por Dios y a favor de los musulmanes que quedaron en La Meca, sometidos bajo los paganos. Conforme a una visión teológica y social que se inició en el judaísmo, ellos entienden esta guerra como *batalla escatológica* entre los soldados de Dios y del demonio.

*Quienes crean, emigren y luchan por Allah* con su hacienda, y sus personas tendrán una categoría más elevada junto a Dios... Su Señor les anuncia su misericordia y satisfacción, así como Jardines en los que gozarán de delicias sin fin. Dios tiene junto a sí una magnífica recompensa. *¡Creyentes! No toméis como amigos a vuestros padres y a hermanos si prefieren la incredulidad a la fe.* Quienes les consideran amigos, éstos son los impíos. Si vuestros padres, hijos, hermanos, esposas, vuestro clan familiar, los bienes que habéis adquirido, el negocio cuya falta de beneficio teméis, las moradas que os satisfacen, os son más queridas que Allah, su Mensajero y la lucha por su causa... Esperad hasta que Allah llegue con su Orden. Allah no guía a gente descarriada (9, 20-24).

El musulmán debe *someterse* a Dios, dejando los ídolos, *emigrando* de La Meca (ciudad de injusticia) y *luchando* por Allah y por la expansión y triunfo del islam. La fe implica así una *ruptura familiar y económica* por causa del islam y una *decisión militar*<sup>65</sup>. La opción por Dios y su comunidad supe-

---

Inglaterra, Rusia y Estados Unidos). Por eso, mis observaciones no quieren ni pueden ser condena del islam. Además, la guerra santa proviene de la tradición judía, como he señalado en *El Señor de los Ejércitos. Historia y teología de la guerra*, PPC, Madrid 1997, y en *Apocalipsis*, EVD, Estella 2000.

<sup>65</sup> En este contexto se puede prometer el paraíso como descanso y triunfo del guerrero fiel: «Y no digáis que quienes han caído por Allah han muerto. No, sino que viven» (2, 154). Caídos por Allah son los fallecidos en la guerra contra los infieles de La Meca o los enemigos de la fe. «Allah ama a los que luchan en fila por su causa, como si fueran un sólido muro, edificio sellado con plomo» (cf. 4, 94-96; 8, 59-66; 9, 5-6).

ra y, en un sentido radical, anula las restantes opciones y valores de la humanidad: padres e hijos, hermanos y esposas, tribu y hacienda, todos los posibles pactos y valores anteriores, quedan trascendidos y, si es preciso, negados por la *obediencia al islam*. Sólo Dios y su causa son valor supremo. Muhammad ha vinculado *idolatría e injusticia social*. Piensa que el orden pagano de La Meca, dominado por *asociadores* (que asocian a Dios otros dioses), era causa de ruptura social e injusticia interhumana<sup>66</sup>. Sólo el sometimiento a Dios y la obediencia a su profeta (a su Palabra) permiten que surja una comunidad reconciliada, donde nadie se imponga sobre nadie. Por eso hay que romper los lazos anteriores de violencia, tanto en plano familiar-social como económico, para construir la concordia verdadera, en plano personal y comunitario. Sólo en ese fondo se han podido formular las más duras palabras de lucha contra los enemigos de la fe:

- Cuando hayan transcurrido los meses sagrados (de la tregua):
- Matad a los asociadores dondequiera que los encontréis.
  - ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes!
  - Pero si se arrepienten, hacen la azalá (= oración) y dan el azaque (= tributo), dejadles en paz. Dios es indulgente, misericordioso (Cor 9,5).

Los «asociadores» eran para Muhammad por principio tramposos, porque mantenían a la vez diversos pactos, según la conveniencia de sus dioses. Por el contrario, el Dios único avala un único pacto de fidelidad, que puede abrirse a todos los hombres. En defensa de ese pacto único, llegado el momento de la gran decisión (al final de la Hégira), proclamó Muhammad la *guerra santa* contra los enemigos de la *Umma*, comunidad de Dios. Así lo muestra este duro pasaje, de guerra sin cuartel, que no busca la conquista y destrucción, sino la conversión de los antes pervertidos, a quienes sólo pi-

---

<sup>66</sup> Fiarse de Dios significa confiar en el islam, para crear por sumisión y solidaridad creyente una familia universal de hermanos. Éste es un tema que ha sido elaborado, desde una perspectiva convergente, por la tradición cristiana, donde Jesús pide a sus fieles que lo dejen todo (padre-madre, familia-hacienda, pueblo-seguridad) por él y su Evangelio, como he visto en *Sistema, libertad, iglesia. Las instituciones del Nuevo Testamento*, Trotta, Madrid 2001.

de *que se arrepientan* (que adoren sólo a Dios), que hagan la *azalá* (se prosternen y adoren) y entreguen el *azaque* (impuesto religioso), a favor de los creyentes más pobres<sup>67</sup>. Esta guerra parece un medio pasajero, contra el riesgo de los asociados, que representan la injusticia y opresión social de La Meca antigua. El futuro del islam depende de la interpretación que los musulmanes del futuro quieran y puedan hacer de esa guerra<sup>68</sup>.

## 5. Conclusión. Tres profetas, un diálogo religioso

La tradición judía hace a Moisés *profeta-legislador*, la cristiana a Jesús *profeta-mesías* y la musulmana a Muhammad *profeta*

---

<sup>67</sup> Los musulmanes actuales pueden entender estos pasajes en línea de fundamentalismo militar (contra los enemigos del islam) o de oposición no-militar contra los poderes opresores de la sociedad. En un caso u otro, la meta del islam es el *shalam* o superación final de toda guerra. Pienso que la *yihad* seguirá teniendo un hondo contenido religioso: por el vencimiento interior, la pacificación personal e incluso cierta imposición contra los enemigos de la paz (= del islam), los musulmanes quieren establecer la justicia en el mundo. Como ejemplo de interpretación casi *pacifista* del islam, cf. Muhammad Alí, *El Sagrado Corán*, Ahmadiyyah, Lahore (Ed. árabe-castellana Tierra Firme, México 1986). Cf. S. H. Nasr, *Vida y pensamiento en el islam*, Herder, Barcelona 1985. Visión de un cristiano convertido al islam (R. Guénon) en A. W. Pallavicini, *Islam interiore. La spiritualità universale nella religione islamica*, Mondadori, Milán 1991.

<sup>68</sup> En el próximo capítulo evocamos los «pilares» del islam, que se resumen en dos: *oración* como experiencia personal y social de sumisión a Dios y *limosna* como reconocimiento práctico del valor social de los bienes. Experiencia de Dios y comunidad creyente se juntan. La idolatría implica sumisión del hombre a los poderes enfrentados del egoísmo y la violencia. Frente a ellos eleva Muhammad la experiencia y ley del Dios trascendente que acerca y pacifica a todos, en camino de transformación y unificación que es hoy más actual que nunca. Desde este fondo podemos condensar todo el tema anterior. *Los judíos* siguen afirmando que no ha llegado la unión final, pues quienes propugnan la unidad del sistema siguen siendo poderes bestiales (cf. Dan 7); por eso protestan y quieren ser distintos, sin hacerse cristianos ni musulmanes. *Los cristianos* afirman que es posible y necesaria la unidad, pero que sólo puede conseguirse en una línea como la de Cristo, renunciando a toda violencia militar o social. *Los musulmanes* ofrecen un proyecto de pacificación que implica sometimiento a Dios y esfuerzo de todos los creyentes; normalmente han supuesto que ese *esfuerzo* puede hacerse por guerra, como hizo Muhammad; pero muchos piensan hoy (pensamos) que ha llegado la hora en que la misma fidelidad a Dios, en radical sumisión, exige superar todas las formas guerreras de *yihad*.

*sin más*, aunque su figura ofrece rasgos de triunfador y organizador social. Los tres son testigos de comunicación religiosa<sup>69</sup>.

1. *Judíos. Moisés, profeta nacional de la Ley.* En algún sentido se puede afirmar que para los judíos la historia ha parado (ha culminado) en el Sinaí. Lo posterior no ha sido verdaderamente nuevo, sino comentario o continuación de aquello. Dios lo ha revelado todo al revelar su Nombre (Yahvé) en el fuego de la zarza ardiente, al manifestar a Moisés su misterio y pedirle que libere a los hebreos (Éx 3,14)<sup>70</sup>. La Palabra que él escuchó y transmitió, como *profeta* supremo, es Libertad para los hebreos cautivos (a quienes saca de Egipto) y Ley que ellos cumplen para vivir en concordia y que Moisés descubrió en el Fuego de Dios, al escuchar su Nombre (Éx 3) y adentrarse en la Tiniebla luminosa en la montaña (cf. Éx 19-34; *Abot* 1,1). El judaísmo no conoce, pues, dos Testamentos o Escrituras (como el cristianismo), sino dos formas de transmisión (una escrita, otra oral) de la misma profecía originaria. Por eso, Moisés no es un profeta sino *el Profeta* cuya palabra se condensa y repite en Israel hasta el fin de los tiempos.

Hemos enseñado que la Profecía de *Moisés*, nuestro Maestro, era *distinta* de la de los demás profetas. Sólo esta *distinción* le calificó para

---

<sup>69</sup> Los judíos han proyectado sobre Moisés el sentido y origen sacral de la Ley. Los cristianos han interpretado al profeta Jesús como Señor e Hijo de Dios. Sólo Muhammad ha sido históricamente profeta triunfador. Para el diálogo cristiano-islámico en España han contribuido los congresos organizados por E. Galindo, *Fe adelante. Los problemas de fondo del diálogo islamo-cristiano* (CRISLAM, Madrid 1988); *A la raíz. Búsqueda de un lenguaje común para un verdadero diálogo interreligioso* (CRISLAM, Madrid 1994); *Musulmanes y cristianos: ¿Quién decís que soy yo?* (CRISLAM, Madrid 1997); *Las «Incoherencias» de Dios. Musulmanes y cristianos se confiesan* (CRISLAM, Madrid 1999). Por su parte, la comunidad musulmana de España está realizando una valiosa labor de investigación y divulgación, promovida por la *Junta Islámica. Centro de documentación y publicaciones islámicas* (Córdoba), con libros de I. Navawi, I. Malik, H. I. Cabrera y V. Haya. En esa línea se suele citar la aportación de R. Garaudy en Córdoba (cf. *Promesas del islam*, Planeta, Barcelona 1982). Documentación *on-line* en *webislam.com*. Suele decirse que el cristianismo renacerá en los países del Tercer Mundo (América Latina, África y Asia), pues su discurso en Europa se encuentra gastado. Pienso que el islam renacerá en occidente, más que en los lugares donde ha «triunfado» hasta ahora.

<sup>70</sup> Moisés actúa como *mistagogo* (descubre el Fuego divino, escucha el Nombre) y *liberador* (saca a los hebreos de Egipto), pero es sobre todo *profeta* (escucha la voz de Dios) y *legislador* (ofrece al pueblo la Ley eterna).

la función de proclamar la Ley, misión sin paralelo en la historia desde Adán hasta Moisés y entre los profetas que le sucedieron. *Es principio de nuestra religión que nunca será revelada otra Ley*. De donde sostenemos nosotros que nunca hubo, ni habrá, otra Ley divina que la de Moisés, nuestro Maestro.

Hubo profetas antes de Moisés, como los patriarcas *Sem, Eber, Noé, Matusalén y Henoc*, pero ninguno de ellos dijo a los hombres que Dios le había enviado y encomendado que les transmitiera cierto mensaje. *Abrahán* instruyó a sus semejantes, pero no dijo que Dios le hubiera enviado con el mandato de que hicieran o dejaran de hacer tales cosas. *Abrahán* enseñaba, pues, por argumentos filosóficos, que hay un Dios, el cual ha creado todas las cosas que existen además de Él, y que no se debe adorar a las Constelaciones (estrellas) ni a ninguna de las cosas que hay en el aire.

La historia de *los profetas que vinieron después de Moisés* dice que cumplieron la función de advertir y exhortar al pueblo para que guardasen la Ley, amenazando con grandes males a quienes descuidaran de hacerlo y anunciando grandes bienes y venturas para los que se sometieran a su guía... Sólo la Ley (de Moisés) se llama divina; las otras, tales como las constituciones políticas de los griegos o las necesidades de los sabios, fueron obra de caudillos humanos, pero no de profetas<sup>71</sup>.

Esta *Ley Nacional* aparece así como principio supremo de comunicación, en un tiempo en que no puede haber aún comunicación universal. Vale la ley de Moisés, pero sólo para un pueblo, mientras dura la historia escindida de este mundo. Ciertamente, hay valores filosóficos, representados por *Abrahán*, portador de un pensamiento racional, que ha podido florecer entre los griegos y especialmente entre musulmanes y cristianos, portadores de un razonamiento que sigue teniendo sus valores. Pero la verdad más honda de Dios, el misterio de su Ley divina, sólo la conocen y cultivan por ahora los judíos. Ellos son los adelantados y testigos de una comunicación que un día podrá extenderse a los restantes pueblos de la tierra (cuando llegue la plenitud mesiánica).

---

<sup>71</sup> Maimónides, *Guía de Descarriados* 2, 29, Barath, Madrid 1988, 188-189 (Cf. Mosé Ben Maimón, *Guía de perplejos*, Trotta, Madrid 1998). Este pasaje eleva a Moisés como único profeta verdadero. Los anteriores (de Sem a Henoc) no tuvieron encargo directo de Dios. *Abrahán* era un simple filósofo sabio en la línea de los griegos. Los *posteriores* (autores de los libros: Isaías, Jeremías...) se han limitado a repetir lo que dijo Moisés. Jesús y Muhammad no han dicho nada nuevo. Evidentemente, cristianos y musulmanes no aceptan ese juicio.

2. *Cristianos. Jesús, profeta mesiánico de la misericordia.* Veneran a Moisés, pero lo vinculan a otros profetas posteriores (Isaías, Jeremías, etc.) y añaden que su Ley ha culminado y se ha cumplido en Cristo<sup>72</sup>. Jesús ha sido profeta-mesiánico, no tanto por su mensaje como por su vida; no ha establecido una ley para separar y educar a los justos, en comunicación racional, según normas bien establecidas, sino que ha ofrecido en las márgenes de la ley (entre los excluidos del sistema) el anuncio y presencia de una gracia que vincula a todos los humanos. De esa forma, superando el nivel de la Ley particular, ha conectado con el *Moisés más hondo*, liberador de los hebreos<sup>73</sup>, de forma que podemos entenderle como origen y centro de la *nueva creación*, Humano universal que desborda los límites del judaísmo y sus valores nacionales, para vincular desde Dios (como Hijo suyo) a los agobiados y perdidos de la tierra<sup>74</sup>.

Del profeta-legislador más alto (Moisés) pasamos al profeta-mesías (Jesús, Dios encarnado), que enseña con la lección de su vida, regalada en amor sobre las leyes del sistema. Con-

---

<sup>72</sup> Unidos a Moisés, los profetas constituyen el Testamento Primero, anuncio y anticipo del Segundo y ya definitivo, que es Jesús, testigo de la *misericordia creadora*, que puede vincular en amor y perdón a todos los humanos, relacionados (según Rom y Gál) con un Abrahán que no es filósofo, sino padre de la fe. En misericordia y fe, no en pura filosofía, pueden vincularse por Jesús todos los humanos. Entre los dos testamentos (profetas y Jesús) hay continuidad y ruptura: el antiguo debe cumplirse y terminar para que llegue el nuevo. Por eso los cristianos han conservado la Escritura israelita como Palabra de Dios, incluida y conservada en su Nuevo Testamento.

<sup>73</sup> Esos aspectos no pueden separarse: la libertad implica el establecimiento y compromiso de la Ley, como sabe el Pentateuco y todo el judaísmo; pero esa Ley corría el riesgo de ahogar y suprimir la libertad, imponiendo sobre los humanos una nueva dictadura. Aquí se sitúa la *novedad de Jesús*, que ha llamado a los excluidos del sistema, no para enfrentarles de manera militar con el viejo o nuevo Faraón, sino para ayudarles a vivir en gratuidad; su obra no culmina sobre el monte de la legislación (un nuevo Sinaí), sino en la colina de la entrega de la vida, en esperanza de pascua.

<sup>74</sup> *Moisés* es profeta de una Ley que parece imponerse desde fuera. *Jesús* la identifica con la vida de los excluidos del sistema, a cuyo servicio entrega su vida. Por eso, no cuenta visiones más altas, ni habla de cosas externas, sino que regala su amor (se regala a sí mismo) para crear comunión. Jesús no impone, se expone; no dice, se dice; no manda y se evade, sino que se entrega a sí mismo, dialogando con todos, aunque le cueste la muerte. Así es Mesías de Dios para los humanos, pues ha llegado el tiempo en que todos pueden encontrarse en amor y comulgar en ternura. Por eso, los cristianos le presentan no como legislador de un pueblo, sino como *mediador universal* de gracia.



forme a la ley del talión, los pecadores debían pagar por sus delitos, haciendo penitencia para reparar el daño cometido, amortizando así lo estropeado o destruido. El *Evangelio* invierte ese principio legal: no deben pagar los pecadores, pues paga o, mejor dicho, regala su vida por ellos el justo Jesús, enviado *misericordioso* de Dios, que asume y carga los pecados de los hombres, de tal forma que todo se vuelve gracia (Espíritu Santo). Ésta es la experiencia del amor que supera a la muerte:

Jesús asumió la carne y sangre  
(es decir, la debilidad y muerte de los hombres)  
para destruir por medio de la muerte  
al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo,  
y librar a todos los que por el temor de la muerte  
estaban toda la vida sujetos a servidumbre...  
Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos,  
para ser Sumo Sacerdote misericordioso  
y fiel en lo que a Dios se refiere,  
para expiar los pecados del pueblo... (Heb 2,14-18).

Este pasaje emplea un *lenguaje sacrificial* para invertir la lógica anterior de los sacrificios, cuyo peso cargaba sobre los «culpables» (las víctimas). Dios mismo «expía» por Jesús, superando toda expiación: se sacrifica por medio de su Hijo, nuevo y distinto sacerdote, para superar en amor los sacrificios anteriores. Ésta es la redención de Jesús, que ha perdonado y vinculado en amor a los humanos, por encima de la muerte, expresando sobre el mundo un orden superior de realidad (misericordia y vida) sobre la ley de muerte del sistema. Por eso se le puede llamar *sacerdote fiel (pistos)* de la nueva humanidad, pues conoce las debilidades y pecados de los hombres, no para condenarles, sino amarles en gratuidad. Dios se encarna así, por Jesús, en la historia de los hombres, para sufrir con ellos y ofrecerles por encima de ese sufrimiento un amor que da vida y resucita a los condenados a muerte<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> En este contexto emplea Hebreos la palabra *ilaskesthai*, de la misma raíz que *eleos*, tener misericordia, igual que otros pasajes centrales del Nuevo Testamento: «Dios hizo a Jesús *ilastêrion*, es decir, propiciatorio a favor de los hombres» (Rom 3,25); «él (Jesús) es *propiciatorio* por nuestros pecados (1 Jn 2,2; cf. 1 Jn 4,10). Sólo reúne a los hombres en comunión alguien que les ama gratuitamente y se entrega por ellos, en misericordia, volviéndose así *propiciatorio*, sin negar la ley, pero situándose por encima de ella, en gesto creador que hermana a todos los humanos.

3. *Musulmanes. Muhammad, profeta de la sumisión.* El proyecto judío ha corrido el riesgo de quedar aislado en un pueblo. El cristiano ha podido desvirtuarse, pues una experiencia de gracia que no actúe y se exprese de un modo gratuito, conduce a divisiones y disputas de grupo. En esa situación ha querido elevar Muhammad su camino de revelación de Dios y sumisión universal. Ha rechazado el particularismo judío y la universalidad supra-legal cristiana, ofreciendo a los habitantes de La Meca y de su entorno una verdad y unas normas de conducta precisas, sencillas, como ley supra-legal de absoluta sumisión. El último enviado, que es ejemplo para todos, no puede fracasar como Jesús, pues Dios quiere que sea testimonio de su absoluto poder sobre la tierra. El Dios del islam no redime muriendo, sino superando con fuerza el poder de la muerte que se expresa por la idolatría. Desde ese fondo ha recreado Muhammad las tradiciones de los profetas antiguos y del Cristo. No le interesan sus matices, la variedad de sus afirmaciones, sino la verdad de aquello que ha sido *semper et ubique* (siempre, en todas partes)<sup>76</sup>.

Creemos en Dios...

y en lo que reveló a Abrahán, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus,  
en lo que Moisés, Jesús y los profetas recibieron de su Señor.

No hacemos distinción entre ninguno de ellos,  
y nos sometemos a Él (Corán 2, 97).

Muhammad es el Enviado de Dios

y el sello de los profetas (Corán 33, 40).

*Maimónides judío*, distinguía entre Abrahán, los profetas y Moisés, para quedarse sólo con el último. *Los cristianos* han sobrepasado la profecía legal, ofreciendo un nuevo código de gracia y misericordia redentora en Cristo. *Muhammad*, en cambio, iguala a todos los profetas, que habrían proclamado un mismo mensaje, centrado en dos temas: sumisión a Dios y surgimiento de una comunidad de sometidos. A lo largo de su ministerio (dos períodos en La Meca, uno en Medina...), fue

---

<sup>76</sup> El islam es una religión sencilla, accesible a todos, segura, como un mensaje que se abre (a través de los creyentes árabes) a la humanidad entera, sin distinción de razas o culturas, siempre el mismo, desde Adán hasta Muhammad.

cambiando y adaptando su mensaje, en un proceso fascinante y único de *creatividad profética y religiosa*. El Corán recoge su experiencia clave, en poesía y discursos, en sermones y leyes, que muestran la identidad, falseamiento y plenitud del islam.

1. *Identidad*. Todos los enviados de Dios (Adán y Abrahán, Moisés y Cristo) han dicho lo mismo: han dado testimonio del único Dios, pidiendo sumisión a los humanos. Ésta parece una visión simplista, pero sigue atrayendo a quienes buscan seguridades.
2. *Falseamiento*. Moisés y Jesús han proclamado la verdad (el islam), pero algunos de sus discípulos y seguidores han falseado esa doctrina, introduciendo en ella sus visiones particulares.
3. *Plenitud*. En Muhammad alcanza su verdad y se cumple totalmente el mensaje de todos los profetas, en perspectiva de sometimiento universal a la Palabra de Dios.

Muhammad ha perdido (o superado) de esa forma la visión cristiana del progreso profético y de la gratuidad final, vinculada a la teoría de promesa y cumplimiento, entre Antiguo y Nuevo Testamento y piensa que no existe más que un «testamento» religioso que todos los grandes profetas descubrieron y expresaron en su tiempo. Éste es el *testamento y principio de la soberanía de Dios*, que unifica desde su Palabra superior a los humanos. Sin duda, hay lugar para cierta *misericordia*, pero ella acaba siendo secundaria y se inscribe dentro de una ley supra-legal de sometimiento a Dios, conforme al código de la Revelación coránica. Lo que vincula a los fieles no es una propiciación o misericordia revelada en la muerte de Jesús (que para Muhammad acabó siendo impotente), sino la *potencia de Dios*, que actúa través de la entrega y victoria de sus fieles sometidos (musulmanes). Por eso, Muhammad no ha podido aceptar el valor redentor de la muerte y pascua de Jesús, que los cristianos han interpretado como revelación y presencia del amor redentor de Dios<sup>77</sup>.

---

<sup>77</sup> Muhammad no quiere ser mejor o mayor que los profetas anteriores, sino «sello» o final (verdad fundamental) de la profecía: no ha dicho ni hecho algo novedoso, sino sólo aquello que valía siempre, expresando así la voluntad eterna de Dios. Por eso, su *vida* queda fuera de la revelación de Dios en cuanto tal, no es redentora. Es un simple profeta; no quiere ser Hijo de Dios, como los cristianos dicen de Jesús.

